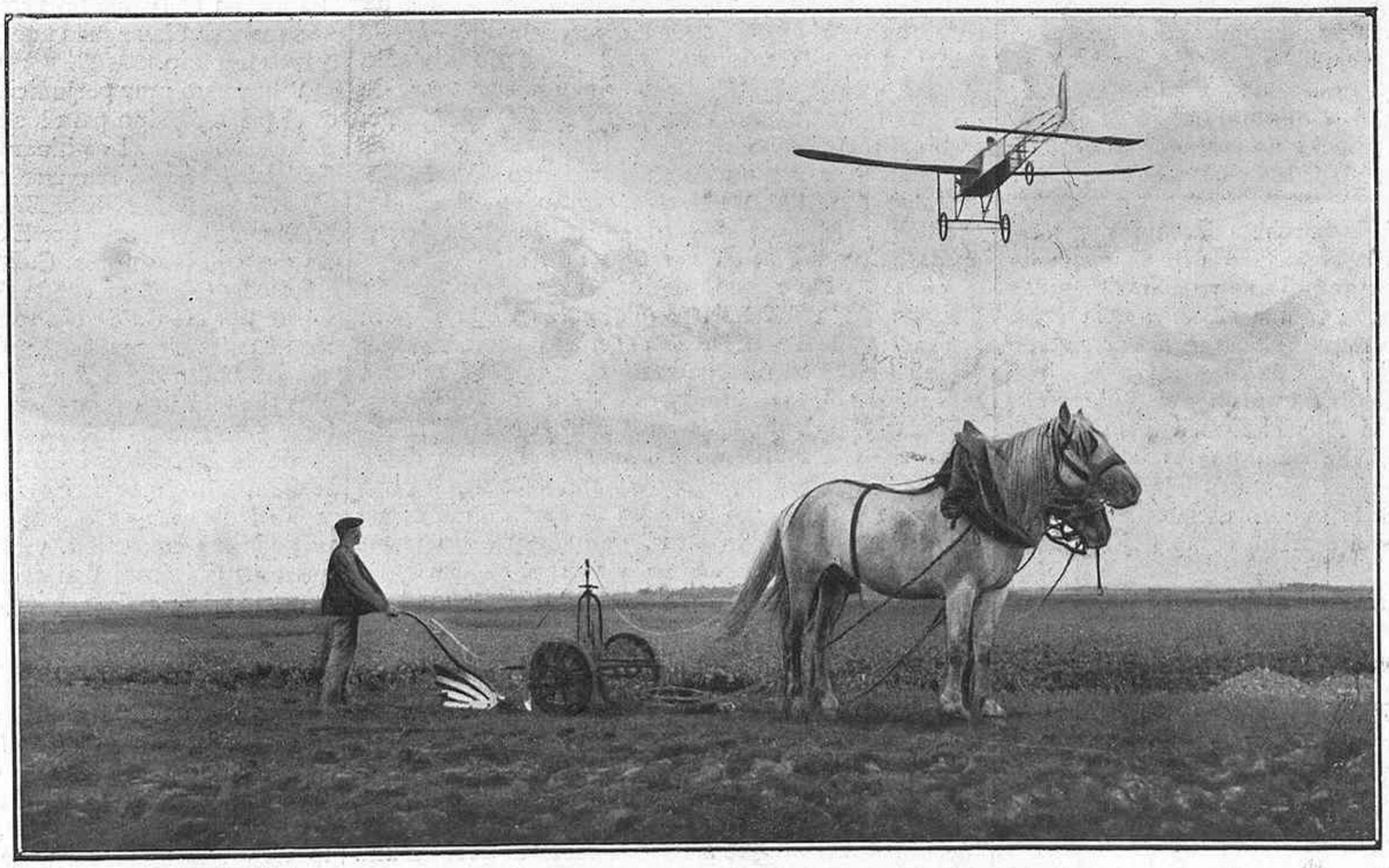
La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 26 de julio de 1909 — Núm. 1.439

UN NUEVO TRIUNFO DE LA AVIACIÓN

LUIS BLERIOT, antes de emprender el vuelo, explica á los delegados del Aero-Club de Francia el trayecto que recorrerá. (De fotografía de Branger.)



BLERIOT en su vuelo de Etampes á Chevilly. (De fotografía de M. Rol.)

El famoso aviador Luis Bleriot ganó el día 13 el premio del Viaje (14.000 francos) instituído por el Aero-Club de Francia, con su admirable vuelo de 41.200 metros en línea recta, desde Etampes á Chevilly, vuelo que efectuó en su monoplano, en 56 minutos, á una altura variable de 30 á 45 metros, deteniéndose donde y como quiso y volviendo á emprender la marcha con precisión y seguridad extraordinarias.

2009 Ministerio de Cultura

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie de 1909, que será

MEMORIAS DEL GENERAL KUROPATKIN

libro interesantísimo en el que el ilustre caudillo ruso describe las causas de la guerra ruso-japonesa, los motivos que influyeron en su resultado y los hechos militares de la misma.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *El pozo*, por E. Solari. – *Las Gilimonas. (Trajes y costumbres del siglo* XVII, por E. Rodríguez Solís. – *Excavaciones efectuadas en Ostia. Últimos descubrimientos.* – *París. La fiesta nacional del 14 de julio. Los diputados otomanos.* – *Persia. Triunfo del nacionalismo. El nuevo shah.* – *Madrid. La embajada marroquí en las maniobras de Carabanchel.* – *Teobaldo Bettmann Hollweg.* – *La campaña del Riff.*—*Ladrón de amor*, novela ilustrada (conclusión). – *La travesía del canal de la Mancha en aeroplano.* – *D. Carlos de Borbón y de Austria Este.*

Grabados.—*Luis Bleriot y su monoplano.* – Dibujo de J. M.ª Marqués que ilustra el artículo *El pozo.* – *Una jira*, cuadro de G. de Díez. – *Excavaciones en Ostia*, tres grabados. – *París. La fiesta nacional del 14 de julio.* – *Los globos dirigibles «République» y «Ville de Nancy.»* – *Los diputados turcos en el ministerio de Negocios Extranjeros.* – *Vista general de Teherán.* – *Palacio de la embajada rusa.* – *Ahmed Mirza.* – *Sardar Assaad.* – *El aechador.* – *La hilandera*, cuadros de F. L. Millet. – *Madrid. La embajada marroquí en las maniobras de Carabanchel.* – *El Sr. Bettmann Hollweg.* – *D. Manuel de Mena.* – *La travesía del Canal de la Mancha en aeroplano. Tentativa desgraciada de Latham.* – *D. Carlos de Borbón y su esposa.* – *Representación del drama «Juana de Arco» en el teatro de la Pasión de Nancy.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es el momento de las diversiones al aire libre, de las verbenas, meriendas, excursiones en automóvil y otras maneras de respirar bien, evitando el calor y el encerramiento... Sólo que el calor, este año, resueltamente se ha propuesto no asomar hasta agosto.

Así es que la horchata está en ridículo, y los puestos de limón frío, esos graciosos puestos que alegran con la nota de oro de sus limones y el limpio cristal de sus vasos y el fregado latón de sus aparatos las calles matritenses, tienen aún muy poca clientela, no han empezado á hacer negocio, lo mismo que los aguaduchos, los clásicos aguaduchos de Recoletos, otra gentil institución popular muy superior á lo que son en París las tradicionales *marchandes de cocó*...

La horchata ha sido cantada por Teófilo Gautier, y declarada por tan inteligente aficionado á lo bello el mejor de los refrescos existentes. Me refiero, ya se comprende, á la horchata de chufas. La de almendras tiene sus cualidades: hace conciliar sueño tranquilo, es apetecible, es gustosa..., pero no causa la peculiarísima sensación de frescura que la de chufas, cuando el cuerpo está hecho un carbón, y el espíritu sueña con témpanos, glaciares y cascadas de nieve derretida...

Sin género de duda la horchata de chufas ya sería célebre en Europa y la exportación de la chufa alcanzaría proporciones grandiosas y dejaría crecidos rendimientos, á no mediar una circunstancia especial. ¡Que la horchata de chufas no es buena sino en Madrid, diluída con el agua de Madrid!

Fué para mí una desilusión probar en Valencia la horchata. Creía que el país clásico de esta bebida fuese Valencia. Olvidaba que, en las poblaciones donde se crían los productos, no es donde mejor se elaboran. Dicen además que no es cuestión de elaboración: parece que el secreto, como dejo advertido, está en el agua.

No vale que se lleven de Valencia ni de Madrid las chufas y los operarios conocedores del arte de majar, exprimir y dosificar el jugo de la rizoma. Por ejemplo, en mi pueblo natal, la Coruña, la horchata será siempre una pócima, mientras en Madrid es la bebida de los dioses, y yo creo que el néctar y la ambrosía no eran sino la madrileña «chatalá.»

***

Los que aspiran á que Madrid sea una capital á la moderna, se preocupan de sus africanos alrededores. Sus inmundos tejares encierran quizás el secreto de algunas epidemias de las que afligen á la villa del oso... Si Madrid llegase á estar rodeado de bosques, de jardines, de huertos de legumbre, de campos esmeradamente cultivados; si desapareciesen esos barrios donde la vida humana se desenvuelve en condiciones en que no se sostendría quizás la de las especies animales, Madrid habría dado el paso gigantesco que necesita dar para duplicar su población é intensificar y depurar su vida.

Cuando Madrid es atacado por el viejo Verano, el de la «Lanza Tórrida,» muchos que no pueden dirigirse á la Costa, se dirigen á la Sierra... Hace años hubiese parecido muy vulgar, de gente de poco más ó menos, veranear en el Espinar ó en Cercedilla; hoy, bastantes que acaso se adelantaron á las prescripciones de la ciencia respecto á la utilidad de respirar aire de altitudes, aire de montaña, y que buscan en el veraneo lo que realmente conviene, descanso y salubridad, acuden á aquellos pueblecillos y á aquellas soledades que no carecen de encanto. El veraneo en la sierra debe favorecerse por todos los medios posibles, dada su proximidad á la capital. No todo han de ser playas y balnearios.

Estos últimos sufren una crisis. Es un momento que debía preverse, en la evolución de las ideas, este en que se plantean dos problemas, respecto á las aguas medicinales. Primero: ¿son todas de reconocida, indudable eficacia? Segundo: después de dar por cierto que son eficaces, ¿me convienen?

Hará quince ó veinte años, se creía obligatorio, en los meses de calor, recorrer dos ó tres balnearios de moda. Éste se curaba, aquél no; había quien empeoraba..., pero se obedecía á una corriente. Hoy se empieza á no tomar aguas sin perentoria necesidad.

Además, ¡ha aumentado tanto el número de manantiales descubiertos! Cada quince días nos anuncian con bombo y platillos uno inédito, dotado de propiedades más asombrosas que los anteriores. No es esto sólo en España: Portugal ha considerado que era cuestión de patriotismo poseer cuantas aguas minerales poseemos los *castexaos*, y sería capaz de inventarlas. En Francia y Alemania cada día se descubren nuevas *fontaines merveilleuses* y nuevos *sprudeln*. Y la competencia y la abundancia engendran el escepticismo.

Sólo en mi tierra natal, Galicia, y en las Vascongadas, la hidrografía médica constituye una tupida red, con millares de ramificaciones. Dijérase que todo el suelo está por debajo regado con aguas de misteriosas propiedades.

Y con todo, pocas son las aguas que resisten al análisis y á la experimentación de sus propiedades y virtudes. Todos conocemos ejemplos de balnearios que ya ni lo son; y si no, ahí está el tristemente célebre de Santa Agueda, donde la bala de Angiolillo acabó con la gloriosa existencia de D. Antonio Cánovas. Por trágico que fuese el suceso, el balneario no se hubiese resentido de él, si las aguas conviniesen al tratamiento de un grupo de enfermedades. Lo que parece que ha transformado á Santa Agueda de balneario en asilo religioso, es precisamente el haberse demostrado que no poseían eficacia sus manantiales. No basta que un agua esté mineralizada para que surta efectos terapéuticos.

Así es que la selección va imponiéndose, y sólo quedan en pie algunos balnearios indiscutibles, de los que tienen, como Vichy, su historia, su estirpe, su blasón. Acaso se levanten, al lado de ellos, otros que merezcan disputarles su lauro; pero en cambio, ¡cuántos recién descubiertos caerán en el olvido, cuántos se desacreditarán, de cuántos se dirá desdeñosamente que son «la carabina de Ambrosio!»

Yo he tenido ocasión de hablar especialmente de dos, sin duda los más renombrados de la región: Mondariz y la Toja. De ésta escribí, hace años, que se encontraba en un estado de abandono é incultura más propios de la cafrería que de un país europeo. Ahora, según dicen—pues no he ido á la Isla recientemente,—ha cambiado por arte de magia la decoración. Todo es lujo y *confort*, todo elegancia. Los precios—que no eran flojos en la época de la suciedad—son ahora más altos, pero es preciso pagar ciertos lujos y refinamientos, y todo se reduce á que la Toja sea medicamento para ricos; lo cual no debe extrañar á nadie, dado que el caudal de aquellos manantiales no es tan abundante que permita un establecimiento en gran escala. El número de bañistas, según he oído decir, tendrá siempre que ser reducido en la Toja, porque no hay agua para más. Por consecuencia, es natural que no pudiendo la Toja aprovechar el recurso de exportar sus aguas para mesa (aunque exporte sus sales y jabones), el establecimiento tiene que montarse sobre la base de una clientela opulenta, escogida.

Necesita por otra parte la Toja—que ahora ha visitado con interés una comisión de médicos ingleses—instalación más cara que ningún otro balneario, por ser las enfermedades que allí se atienden de índole especial, contagiosa muy á menudo y casi siempre de las que causan asco y melindre. Sólo una extremada, minuciosa desinfección; sólo un aislamiento completo en mesa y demás servicios; sólo un mobiliario completamente racional, como de Sanatorio, con todas las reglas de la moderna higiene, lograrán que la gente acuda allí sin escrúpulo y esté, no sólo tranquila, sino satisfecha. Repito que no he visitado la Toja desde que ha sufrido la transformación de que se habla, pero comprendo que si en efecto reinan allí los adelantos y las comodidades y las prescripciones estrictas de la ciencia, el hospedaje no puede ser barato. Si algún día tengo ocasión de comprobar por mis ojos—en lo humano es un gran filósofo Santo Tomás—las mejoras y adelantos de la Toja, tendré sumo gusto en referir aquí mismo, y en otros periódicos donde colaboro, cómo el mundo marcha y cómo el progreso no es una frase huera inventada para hacer efecto en los *méetings*.

En cuanto á Mondariz—ó Mondáriz, como se empeñan en decir los que no son gallegos,—siempre ha resistido y resistirá victoriosamente la crisis de los balnearios. Mondariz tiene dos elementos de resistencia: el más poderoso, sin género de duda, es el de la exportación de su linfa, empleada como agua de mesa en todas partes.

Hay infinitas aguas minero medicinales que saben á demonios fritos. Las de Mondariz son deliciosas, y no tienen sino el inconveniente de que se habitúa á ellas el paladar y las demás parecen después insulsas; de que se habitúa el estómago, y cuesta trabajo digerir sin ellas.

Cuando Castelar, el inolvidable orador, daba aquellos banquetes suyos, que más que banquetes eran exposición de productos nacionales, en que se servían catorce platos y diez y ocho postres, tenía cuidado de colocar al alcance de la mano de cada invitado una botella de agua de Mondariz para prevenir la más que probable indigestión y estimular á que los desganados hiciesen los honores á un festín que bien podría llamarse de Heliogábalo. Y en efecto, para este fin las aguas de Mondariz superan á las de Vichy, con las cuales tantas afinidades tienen.

La concurrencia á Mondariz ha disminuído en estos últimos tiempos, no porque la fama de los manantiales sea menor, sino por algo de lo anteriormente indicado; porque quizás ya los médicos no envían tanto á las aguas, y porque la gente no las toma como diversión. Pero cuando digo que ha disminuído la concurrencia, quizás sufro un error de óptica. Van menos huéspedes al gran balneario porque Mondariz crece, y no es balneario aislado, como lo son tantos de la Península, sino un pueblecito pintoresco de hoteles, fondas y chalets, que va formándose. Allí, cada camarero que ha sacado de dos ó tres temporadas un capitalito de algunos miles de pesetas, instala su correspondiente hospedaje, y este incremento de la población es imposible que no corresponda á un aumento de concurrentes, más ó menos modestos, más ó menos ricos. Así es que, aun cuando en el balneario propiamente dicho se agolpen menos, á las aguas puede asegurarse que van en mayor número.

Y hay algo muy perjudicial, no sólo para éste, que es el primero, sino para los demás reputados balnearios de Galicia... Los itinerarios de los trenes, la dificultad del viaje, que arredra.

No ha muchos días, *El Liberal* demostraba con números que, yendo por Zamora, se llegaría á Galicia cuatro horas antes. Cuatro horas, en un viaje de veintitrés (á contar desde Madrid), representan un veinte por ciento de economía de tiempo y de dinero. Pero las Compañías no quieren. Las Compañías son un poder cuyo dominio sufrimos sin rechistar. Nos multan, nos procesan, nos llevan y traen como les acomoda, nos cobran á su talante, todo al amparo de la ley. Electricidad, gas, agua, ferrocarriles, teléfonos, lo más necesario, lo indispensable á la vida moderna, nos lo dan como por una especie de magnánima concesión, y lo pagamos en proporciones asaz tiránicas. Y si ocurre pensar en reducir el recorrido de un viaje, cosa que reportaría tantos beneficios á la región y á los que se trasladan á ella, antes que el bien de la colectividad estará el interés de la Compañía...

Hoy la gente quiere viajar en buenas condiciones. Otras provincias son más fáciles de visitar que las gallegas. Claro es que sólo van los que necesitan ir, irremisiblemente. Esto ha de restar concurrencia á los balnearios. Es difícil competir en diversión, animación y buen material de trenes con las regiones que están próximas á Francia, y á las cuales va la corte, la gente encopetada y la cursi imitadora.

En estas condiciones, todavía es admirable que los balnearios gallegos atraigan clientela y la conserven, y debe atribuirse á la eficacia y virtud de sus linfas y ninfas... y á nada más.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

2009 Ministerio de Cultura

Con hermoso arranque puso dos cubos sobre el brocal, en donde dejaron caer un chorro de agua clara

EL POZO (1)

¿Por qué habían reñido? Ni ellos mismos lo sabían ó, por lo menos, no se explicaban ya que un motivo tan fútil les hubiese hecho reñir. Gilberto había ofrecido una fruta á Martina, quien lo había rechazado malhumorada y no había querido explicar la razón de su negativa, simplemente porque no tenía ninguna. Él, poco hábil, había insistido; ella había lanzado una palabra algo dura, menos por cólera que por despecho de verle tan poco galante, y Gilberto le había vuelto la espalda. La cosa duraba hacía tres días.

En vano el jardín en donde los enamorados trabajaban una parte del día había multiplicado sus seducciones para reconciliarlos; y en vano los macizos de rosales y peonías que cuidaba Gilberto se habían llenado de flores opulentas. Los claveles, por cuya existencia velaba Martina, habían inútilmente perfumado el aire con su embriagador aroma, y hasta el huerto, situado á espaldas del pabellón que habitaba la familia, había rivalizado en belleza con el jardín. Porque, á la verdad, estaba hermoso el huerto: las calabazas, apenas nacidas, descansaban sus redondeadas formas sobre la tierra, al extremo de sus finos tallos y abrigadas por sus anchas hojas; las coles mostraban sus vigorosas masas, de apretados cogollos y caídos perfiles, semejantes á ornamentos de bronce sombreados por la pátina que esperaban la admiración de los inteligentes; las alcachofas ostentaban el aspecto decorativo de sus hojas recortadas, que parecían obra de un artista destinada al adorno de algún surtidor; los pámpanos escalaban los parrales apoyándose en sus zarcillos; y todas, flores, frutas, legumbres y cepas, pedían á porfía agua, porque Gilberto no se cuidaba de regarlas desde que había reñido con su novia. Y la pedían en primer lugar, es indudable, para conseguir apagar su sed imperiosa de plantas que quieren crecer, y además (esto no es tan seguro, ¿pero por qué no creerlo así?) para aproximar á los dos amantes junto al pozo que contenía el agua clara y fresca.

El pozo aquel era enteramente á propósito para facilitar la aproximación; como pozo buen cumplidor de la misión á que estaba destinado, abría su boca tranquila y redonda y aun reflejaba un poco de cielo en su agua profunda. Multitud de plantas descendían en desorden desde las partes superiores hasta el límite de la luz, hacia la humedad, que absorbían ansiosamente, y quitaban á las paredes interiores el aspecto siniestro que pueden tener los bordes de un hondo agujero. En el exterior, las piedras conservaban vestigios de ornamentos gastados, entre los cuales distinguíanse una cabeza de macho cabrío, dos flautas campestres y un fragmento de guirnalda. La garrucha, montada sobre un sólido arco de hierro, sostenía la soga de cáñamo, tosca y fiel, y estaba pronta á dar vueltas, aunque chirriando algo, como para demostrar su mal carácter de vieja gruñona y solitaria.

No lejos del pozo terminaba el parque, conquistado en otro tiempo al cercano bosque y que, abandonado ahora, había recobrado su aspecto casi salvaje. Abríase en él una avenida que dibujaba vagamente plazoletas, en donde acababan de derrumbarse bancos cojos y carcomidos, y se perdía en la espesura entre multitud de ramas y de troncos venerables. Una estatua de Hércules, de dos metros de alto, puesta en el linde del jardín, atestiguaba la antigua toma de posesión por el hombre de aquel rincón de tierra.

Mas á pesar de la belleza del lugar apacible, á pesar de la reclamación de las plantas, de la invitación del pozo y de la vaga sonrisa del Hércules de piedra, Martina y Gilberto no se reconciliaban y, testarudos, evitaban encontrarse en el sitio de la reconciliación. Gilberto ni siquiera aportaba por allí, y Martina iba ocultamente á buscar un poco de agua con un cubo de los destinados á la leche, que suspendía de una cuerda á fin de que el ruido de la polea no pudiera ser interpretado como llamamiento de socorro y de ayuda para los brazos de la muchacha. Y con aquellas gotas de agua Martina daba de beber á sus claveles, que, gracias á tal privilegio, eran las únicas flores que se refrigeraban en medio de la desolación de las demás plantas.

Gilberto, además de su pena, sufría á causa de su ociosidad; pero no se sentía con ánimo para emprender ningún trabajo, y cada vez que se disponía á coger una herramienta, recordaba su riña y dejaba caer los brazos desalentado. ¿A qué esforzarse, puesto que estaba reñido con Martina, la principal razón de ser de su existencia? Y luego el malhumor de su novia continuaba, pareciéndole una injusticia, lo cual le desalentaba más que todo. Con el alma dolorida sentábase en un rincón solitario; contemplaba, con ojos indiferentes y melancólicos, los vegetales que se marchitaban y dejaba transcurrir las horas, siguiendo el curso de pensamientos tristes, grises y monótonos. Otras veces salía armado de su bastón con intento de dar un largo paseo, pero no tardaba en variar de proyecto y no se alejaba mucho; vencido muy pronto por el cansancio, tendíase á la sombra de un árbol y parecía dormitar. Y sin embargo no dormía, sino que miraba vagamente por entre sus párpados semiabiertos.

Pues bien: Martina, en vez de dulcificarse ante aquella desesperación, se irritaba más y más; hubiera querido pegar á aquel muchachote que había perdido sus energías, se las daba de mártir y se lamentaba en silencio. Su prolongada pereza la exasperaba, y necesitaba todo su orgullo de novia ofendida para no apostrofarle.

Pero como un ser humano no puede conservar siempre esa tensión de espíritu, su cólera no tardó en trocarse en desdén, primero un poco, después mucho, y desde entonces pasó por el lado de Gilberto, tumbado junto á los árboles, con esa expresión de tranquilo desprecio que toda mujer bien equilibrada siente por un hombre cobarde.

Al cabo de tres días, sin embargo, Gilberto se recobró; había dormido perfectamente, y al despertar hallóse mejor dispuesto. Salió al jardín, desperezóse gozando del frescor de la mañana y contempló los vapores parduscos del horizonte, que presagiaban un día caluroso.

En el jardín reinaba la mayor consternación: los tallos se doblaban; las corolas, inclinadas hacia la tierra, habían bebido ya el rocío, y esto no obstante, permanecían mustias; secábanse los vástagos, y las calabazas, suspendiendo su crecimiento, no modelaban ya sus opulentas formas. Entonces Gilberto se hizo cargo del desastre, y aunque se acordó de la riña, tuvo resolución bastante para dirigirse al pozo y sacar un cubo de agua, que derramó en seguida sobre la tierra seca. Tan bien recibido fué aquel primer riego, que el muchacho ya no pensó más que en reparar el daño hecho, y no cesó de ir y venir del pozo á los arriates, que regaba balanceando con su robusto brazo la pesada regadera de cobre. La garrucha chirriaba como en sus mejores tiempos, los cubos subían llenos desde la sombra á la luz, y Gilberto, entusiasmándose con el trabajo, á cada viaje cobraba más ánimo y más vigor, al mismo tiempo que olvidaba su pena, y no pensando en ella, sentía renacer la esperanza.

Y precisamente cuando acababa de agrupar en la cuerda tres cubos, por parecerle demasiado lenta la labor realizada con uno solo, apareció Martina en el jardín. Quedóse la moza asombrada al ver á Gilberto trabajando, y le miró silenciosa y pensando en la confusión que sentiría si él la sorprendía en aquel momento de flaqueza. Los tres cubos atados á la cuerda descendían alegremente empujándose uno á otro, y cuando estuvieron llenos, Gilberto tiró de ellos; la garrucha gemía y crujía la cuerda; pero los brazos viriles y hasta el hombro desnudos no cedían, los músculos se hinchaban, y á cada esfuerzo el torso vigoroso aspiraba una gran bocanada de aire puro.

Martina inconscientemente le admiró. Allí cerca, el Hércules de piedra continuaba sonriendo vagamente, apoyado en la clava que hacía sobresalir uno de sus hombros; los enormes deltoides que cubrían éstos armonizaban con los prominentes músculos de todo su cuerpo, que se afirmaba sólidamente sobre unas piernas arqueadas. Gilberto se asemejaba á la estatua; evocaba la misma idea de fuerza, pero de fuerza más bella, puesto que estaba en actividad. Con hermoso arranque puso dos cubos sobre el brocal, en donde dejaron caer un chorro de agua clara, y respirando vigorosamente, se volvió.

Martina no pensaba en huir, y antes bien sonreíase complacida al verle tan fuerte y tan animoso. Gilberto, sorprendido al pronto de aquella sonrisa, no quiso saber más y se acercó á la muchacha.

En torno suyo todo renacía, y las rosas, recobrada su lozanía, vieron cómo Gilberta y Martina se besaban.

EMILIO SOLARI.

(Dibujo de José M.ª Marqués.)

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

2009 Ministerio de Cultura

LAS GILIMONAS

(TRAJES Y COSTUMBRES DEL SIGLO XVII)

Eran las *Gilimonas* tres hermanas llamadas doña Fabiana, D.ª Feliciana y D.ª Isabel, tan alegres de carácter como hermosas de rostro. Dice un antiguo adagio que *lo que se hereda no se hurta,* y su madre, D.ª Leonor de la Vega, parece que fué una desenvuelta *picaña,* como por entonces se decía, de la que se ocupan bastante los *Anales* de Madrid—libro curiosísimo que aún permanece inédito, á pesar de su mucho mérito, en la Biblioteca de la Academia de la Historia, escrito por el célebre literato León Pinello,—relatando diversas aventuras de la que fué protagonista la susodicha dama.

Tenían por sobrenombre las *Gilimonas,* por ser hijas del fiscal de los Consejos y Gobernador de Hacienda Don Gil Imón de la Mota, que dió nombre al *Portillo de Gilimón,* levantado en terrenos de su propiedad, y en los que se alzaban varias casas, en una de las cuales parece que estuvo preso y aun murió el Gran Duque de Osuna, virrey de Nápoles, según cuenta el ilustre cronista de Madrid D. Ramón de Mesonero Romanos.

Era D. Gil Imón el reverso de la medalla de su esposa doña Leonor Severo; rígido, justiciero, su nombre lo repetían con temor los delincuentes y con alabanza las gentes honradas. La severidad del padre debía chocar un día con la desenvoltura de sus hijas, tan mal educadas por su madre, y del choque no podían salir bien libradas aquellas atrevidas jóvenes tan diestras en bailar el apicarado baile denominado el *Turdión,* como en tañer la guitarra y cantar, al son de ella, las más truhanescas canciones.

El erudito Sampere, en su *Historia del hijo,* hace constar la anomalía de que, siendo los reyes de la casa de Austria tan devotos y religiosos, estando la iglesia en su apogeo y las órdenes monásticas en gran predicamento, las costumbres públicas se hallaban por completo relajadas durante su mando, sin poder mejorarlas, ni contener el lujo de que todas las clases sociales hacían gala, las repetidas Pragmáticas y Ordenes que se dictaban para mejorar las unas y enfrenar el otro.

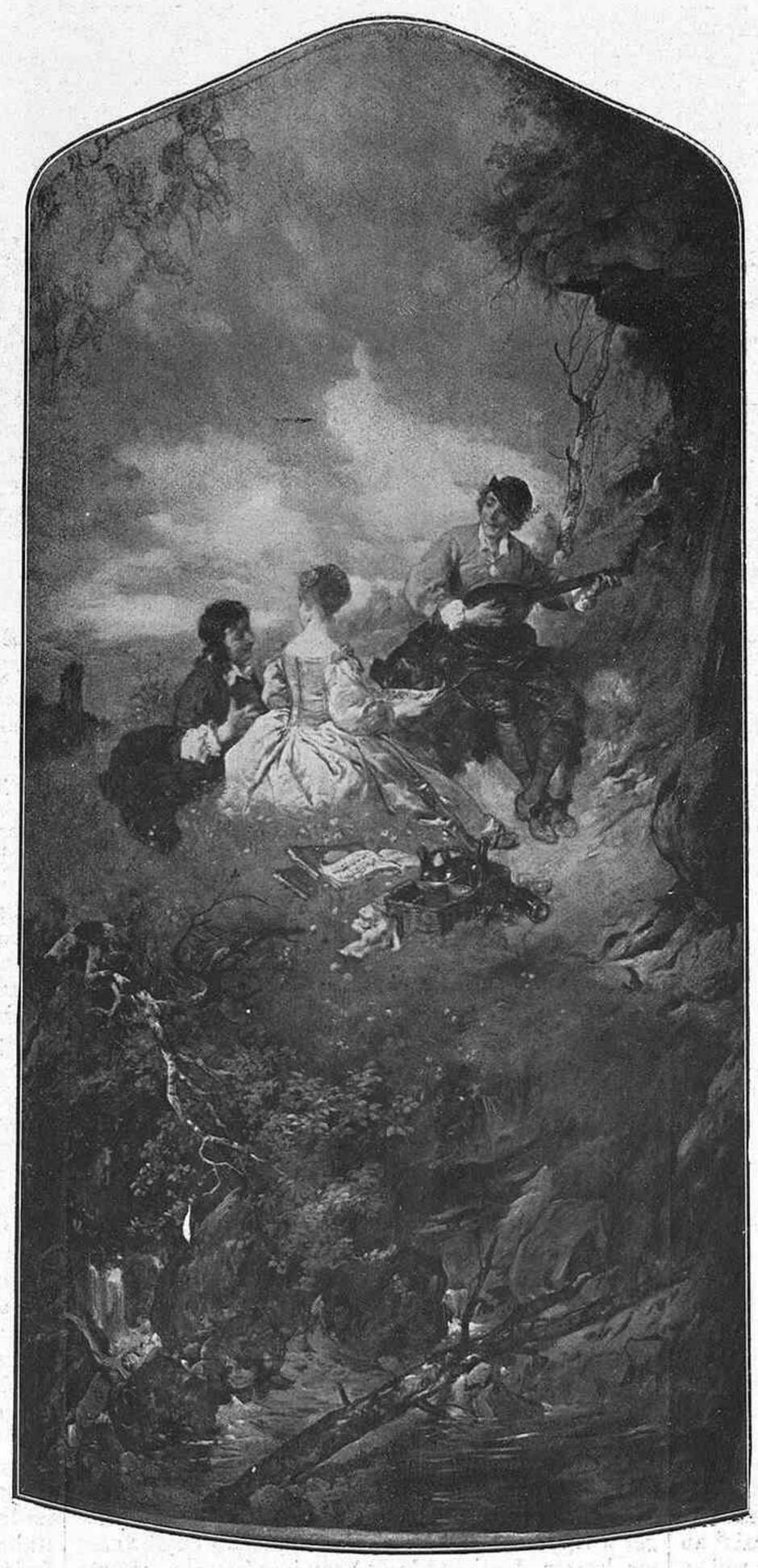
La corte de España especialmente presentaba un espectáculo aterrador.

En los libros de costumbres de aquellos tiempos aparece retratada aquella extraña sociedad, tan devota como libertina; aquellas damas, siempre corriendo tras de sus galanes; aquellas doncellas, en cuya virtud nadie creía; aquellas comediantas, siempre dispuestas á fingir amores dentro y fuera del teatro; aquellas *busconas,* constante amenaza de las bolsas; aquellos caballeros, siempre dispuestos á los galanteos; aquellos capitanes, tan aficionados á las pendencias y desafíos; aquellos valentones, que vendían su puñal al que mejor podía pagárselo; aquellos alguaciles, tan dados á correr; aquellos criados, siempre prontos á engañar; aquellos estudiantes y capigorrones, que olvidaban á Nebrija por la fregona de la hostería; aquellos mercaderes, maestros en dar gato por liebre.

Llovían las Pragmáticas para reformar los trajes, cada día más lujosos. En las del año 1600 se prohibía á las mujeres lucir en las faldas entorchados, franjas, cordoncillos y cualquier guarnición de oro y plata, así fina como falsa, de abalorio ó acero. En otra, por no haber tenido cumplimiento la anterior, prohibió el rey á las mujeres el uso de *guardainfante,* por ser traje costoso y superfluo, lascivo y muy ocasionado á pecar, así las que los llevan como los hombres que los ven; que no lleven tampoco—decía—verdugados, ni otra invención, ni cosa que haga ruido, en las basquiñas; ni jubones escotados, salvo las que son mujeres públicas; todo bajo la pena de perdición de las ropas, multa de 40 000 maravedís, destierro y prisión.

Mas no por esto se cortó el mal.

Las cortes suplicaron al rey que prohibiera á las mujeres el uso de los mantos, por ser ocasionados á graves males, petición á que el rey accedió gustoso; pero ni la autoridad de los diputados, ni las órdenes del monarca, lograron desterrarlos, dándose el caso de asistir las damas á velar los Monumentos, en los días de Semana Santa, *arrebozadas* en los mantos y recibir en la propia iglesia los galanteos de sus adoradores, quienes las obsequiaban con dulces y con



Una jira, cuadro de Guillermo de Díez

fituras, que ellas pagaban dejando al caballero estrechar y besar su mano.

Los *afeites* ó pintura del rostro fueron otro grave mal de aquellos siglos, sin que nada pudieran contra ellos las sátiras de los poetas, ni los sermones de los clérigos.

Veamos cómo fray Ezcaray describe el traje de aquellas damas:

«Camisa de bretaña, llena de bordados; medias de enrollar, como los hombres; ligas de colonia verde con puntas blancas; zapatos de una oreja, y en lugar de cinta, un botón y rosa de diamantes; una lujuriosa saya, abierta por delante; la *cachaza* ó red de oro y seda en el pecho, y tan clara que sólo sirve para que por ella se registre lo que no se debiera ver; pelo rizado y añadido, para obtener mayor vanidad; en la frente el *chiqueador* ó pañuelo bordado de oro y sedas; toca de tafetán de varios colores, hecha de abalorios y encajes; pañuelo blanco con puntas y deshilados, no para limpiarse, sino para que lo vean; guantes perfumados; anillos, pulseras, agujas de plata y joyas; mantos de *humo* ó de *gloria,* con puntas y sin ellas.»

La descripción es completa y por demás curiosa.

Para substraerse á tanta y tan bella fantasía, sobre todo gozando de una alta posición y poseyendo una gran fortuna, precisaba tener un carácter muy entero y una educación muy severa.

Las *Gilimonas* poseían rango y tesoros, y carecían de entereza y de educación.

De aquí que ellas fueran las primeras en rebelarse contra las Pragmáticas del rey; y una tarde, según cuenta la fama, y cuando mayor era la concurrencia al *Prado de San Jerónimo,* lugar preferido por las damas y caballeros, se presentaron las tres hermanas y su madre, la imprescindible doña Leonor, vistiendo esos lujosos trajes y elegantes atavíos de que nos habla el docto fray Ezcaray, prohibidos por los decretos del monarca, con la agravante de ir cubiertas por los poéticos y misteriosos mantos contra los cuales se habían sublevado las Cortes, obteniendo su abolición, pero tan sólo el tiempo que duraba la lectura de la Pragmática prohibitiva.

Verlas saltar del coche y acudir á rodearlas buen número de damas y aun más de caballeros, que á porfía admiraban sus lujosos trajes y sobre todo su grande valor de presentarse públicamente con ellos, faltando á los bandos del monarca, fué obra de un instante.

Doña Leonor y sus hijas protestaron en alta voz de las peticiones de las Cortes y de las Pragmáticas del rey, jurando que antes se dejarían matar que obedecerlas.

Juraron todas las damas presentes seguir tan heroico ejemplo; juraron todos los galanes que allí estaban sostenerlas en su justísima causa, cuando apareció, de improviso, un alcalde de casa y corte seguido de su ronda, y con la mayor urbanidad declaró presas á la madre y á las hijas; gritaron las mujeres diciendo que era una arbitrariedad y una cobardía; echaron mano á la espada los caballeros; huyeron, ante sus terribles golpes, los alguaciles, y las *Gilimonas* aprovecharon la confusión y el tumulto para tomar el coche, huir del Prado y comentar con alegres risas lo acontecido, proclamándose vencedoras.

Pero ¡ay! que la madre y las hijas no habían contado con la huéspeda, como vulgarmente se dice, ó lo que es igual en este caso, con D. Gil Imón de la Mota. Sabedor el fiscal de lo ocurrido, por denuncia del alcalde, llamó á su presencia á las revolucionarias damas, y las declaró que, en vista de su conducta irreverente y criminal, él, olvidando que era padre para acordarse tan sólo de que era juez y de que las Pragmáticas del rey condenaban á toda justicia negligente á la pérdida del oficio, disponía: que de allí en adelante su esposa y sus hijas cambiasen sus lujosos atavíos y sus ricos trajes y sus poéticos mantos y sus delicadas pinturas por un severo hábito de monjas.

Las hijas—¡mujeres al fin!—pensaron que á sus hermosos rostros y delicados talles no les sentarían del todo mal las monjiles tocas, llevadas en público, que de seguro les atraerían las simpatías de la gente, la envidia de las otras damas y los galanteos de nuevos y más rendidos adoradores, y prometieron obedecer la orden, no sin derramar algunas lágrimas por el buen parecer, pues harto sabían ellas que era tarea imposible la de convencer ni ablandar á su severo padre.

Ignoramos si por las simpatías que la dura sentencia del justiciero fiscal les conquistaron, ó porque las *Gilimonas* eran unas verdaderas *gatitas madrileñas,* tan finas como lindas, doña Fabiana casó bien pronto con un noble caballero; doña Feliciana, que era la segunda, tuvo por esposo al embajador de Mantua, y la tercera, doña Isabel, víctima de una pasión por un hombre que no la correspondía, pasó algunos años un tanto retirada de las pompas del mundo.

El digno y severo D. Gil Imón, quizá también por aquel acto que tan alto puso su nombre como juez integérrimo y padre modelo, fué honrado con el hábito de caballero de la Orden de Santiago por los años de 1623.—E. Rodríguez Solís.

2009 Ministerio de Cultura

EXCAVACIONES EFECTUADAS EN OSTIA.—ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS. (Fotografías de C. Trampus.)

La opulenta ciudad de Ostia, que en otro tiempo fué el puerto de Roma por donde se hacía el comercio de la capital del mundo antiguo, hállase hoy separada del mar Tirreno por una distancia de siete kilómetros y no es más que una pobre aldea con unos centenares de habitantes.

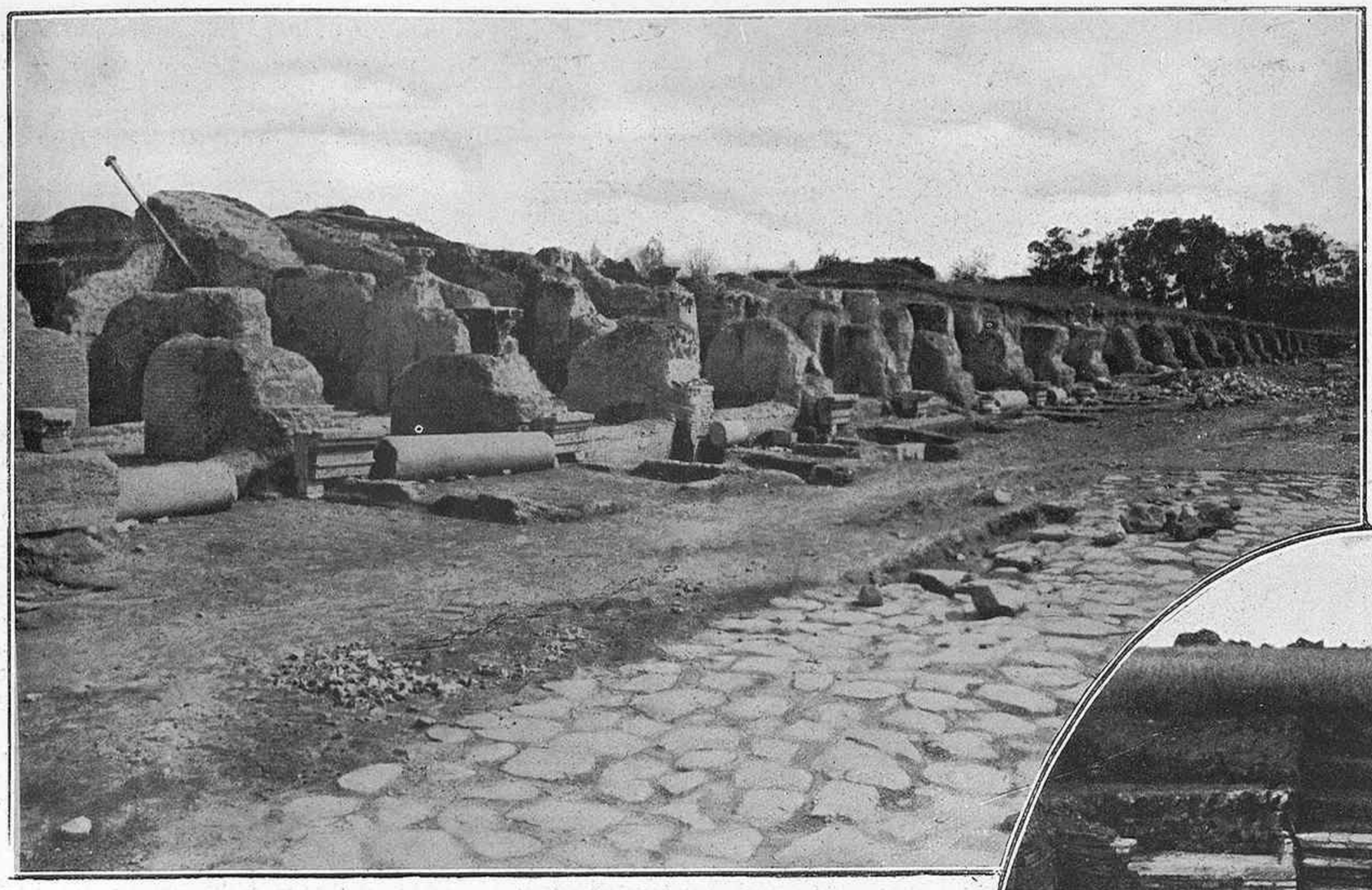
A pesar de su actual pobreza, las excavaciones que desde hace algunos años se están efectuando en ella bajo la dirección del profesor Dante Vaglieri atestiguan la pasada grandeza de la ciudad actualmente sepultada, cuya decadencia comenzó con la del Imperio romano y fué poco á poco consumándose, á medida que los aluviones aportados por el Tiber iban separándola del mar y cubriendo sus muelles y sus canales, hasta que con el tiempo nada quedó de ella.

Sin embargo, en las actuales excavaciones, ha bastado cavar apenas un metro para encontrar los vestigios de la ciudad antigua. Las calles, recién descubiertas, están tan bien conservadas, que podrían al presente ser utilizadas sin ninguna dificultad, y todo cuanto se va descubriendo atestigua cuán adelantada estaba en Roma la ciencia de la ingeniería. Muy notables son también las termas, los hermosos sarcófagos, las pinturas murales de las viviendas y los mosaicos de los suelos, testimonios de la cultura del gran pueblo romano y de la riqueza de la antigua Ostia.

Recientemente se ha descubierto, entre otras cosas, un inmenso pórtico de 150 metros de longitud que antiguamente embellecieron ricas columnatas de mármol. Multitud de *tabernæ*, almacenes y tiendas de comerciantes al por menor, panaderías, almacenes de vino, carnicerías, droguerías, tintorerías, etc., animaban aquella inmensa vía cuando en el siglo II antes de J. C. Ostia era el gran emporio por donde Roma se aprovisionaba Y á lo largo de ella alzábanse casas de varios pisos, cuyos restos se encuentran, reveladoras de la importancia y de la riqueza de la antigua urbe.

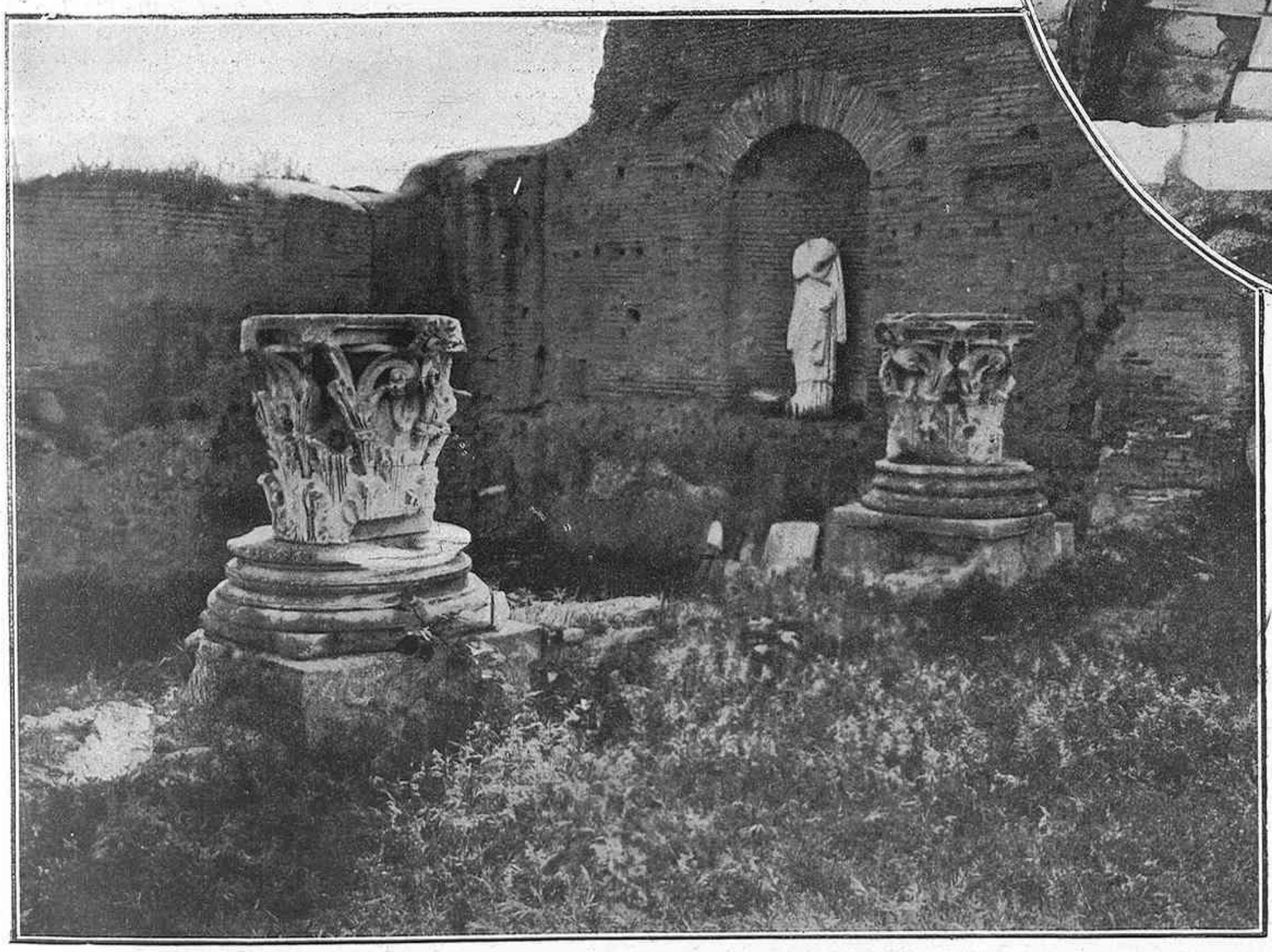
Entre los otros monumentos descubiertos merecen mencionarse: el templo de Mitreo, el gimnasio, las arenas, el grupo de los cuatro templos consagrados á Venus y á otras divinidades no clasificadas todavía, el frigidario y el atrio de la estación de los bomberos. Además se han encontrado mármoles decorativos; dos sarcófagos, en uno de los cuales está representada la muerte de Meleagro; varias lámparas; un torso de Dionisio, de mármol griego delicadamente esculpido; una estatua de mujer, que se supone ser un personaje de la casa del emperador Adriano, perfectamente modelada, digna de las tradiciones del arte helénico del siglo II y una de las obras más hermosas descubiertas en las últimas excavaciones.

De este modo hállase admirablemente recompensada la obra emprendida para recuperar los tesoros sepultados en Ostia, y que de ser continuada con el entusiasmo y con los medios con que hoy se realiza, hará surgir seguramente de las entrañas de la tierra una nueva Pompeya.—L.



Una de las principales calles de la antigua ciudad

El frigidarium



El atrio de la estación de los bomberos

2009 Ministerio de Cultura

PARIS.—LA FIESTA NACIONAL DEL 14 DE JULIO

LOS DIPUTADOS OTOMANOS

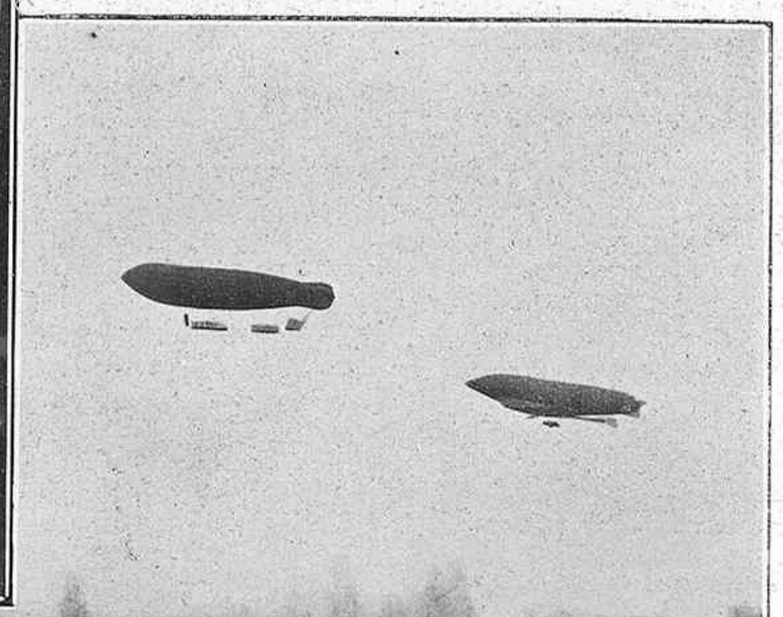
Con la brillantez de costumbre celebróse en París el día 14 la gran revista militar de Longchamp, que constituye sin duda alguna el número más interesante de las fiestas con que anualmente se conmemora en la capital de Francia el aniversario de la toma de la Bastilla. El presidente Fallieres revistó las tropas, y situándose luego en la tribuna condecoró á algunos generales y presenció el desfile de las fuerzas que habían formado en la parada.

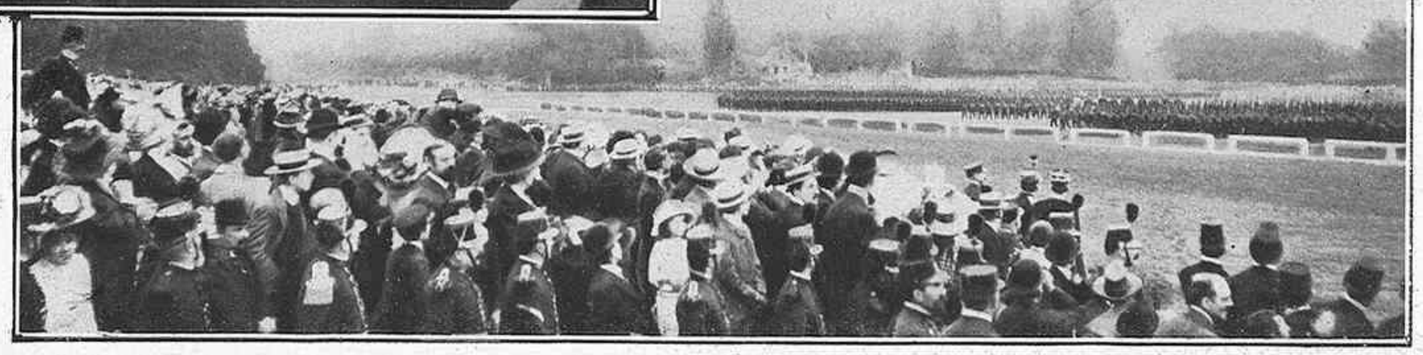
La nota saliente de la revista militar de este año la han dado los dirigibles *Republique* y *Ville de Nancy*, que al comenzar el desfile aparecieron en los aires y ejecutaron sobre el campo de Longchamp toda clase de maniobras con una seguridad y ligereza admirables, entre las entusiastas aclamaciones de la multitud.

El mismo día, la Liga de Patriotas, presidida por Pablo Deroulede, realizó sus acostumbradas manifestaciones. Unos tres mil manifestantes, con numerosas banderas, desfilaron por delante de la estatua de Estrasburgo y de la estatua *¡A pesar de todo!*, de Antonino Mercié, en las cuales depositaron flores y coronas.

Después de la visita de los parlamentarios rusos de que dimos cuenta en el número anterior, ha recibido París la de una delegación de diputados otomanos que llegaron el día 11 á aquella capital y han permanecido en ella varios días.

La fiesta nacional del 14 de julio.—Manifestación de la Liga de patriotas delante de la estatua de Estrasburgo. (De fotografía de World's Graphic Press.)





Los globos dirigibles «Republique» y «Ville de Nancy» maniobrando en el aire durante la revista militar de Longchamp. (De fotografía de M. Branger.)

Componíase esta delegación de diez y siete individuos, contándose entre ellos algunas de las figuras más ilustres del Parlamento turco: Talaat-bey, vicepresidente de la Cámara y uno de los hombres más populares de la Joven Turquía; el Dr. Riza Tewfik, que goza de grande y merecida fama de sabio en su patria, en donde se le llama «el filósofo;» Solimán Bostani effendi, á quien se considera como el mejor escritor árabe; Ismaíl Hakki bey, notable periodista turco y uno de los orientales más versados en asuntos internacionales; Obeidulah effendi, ulema eruditísimo que representa en la Cámara la independencia intelectual de su clase; Nessim Mazlia effendi, diputado israelita y uno de los miembros más influyentes del Parlamento otomano, etc.

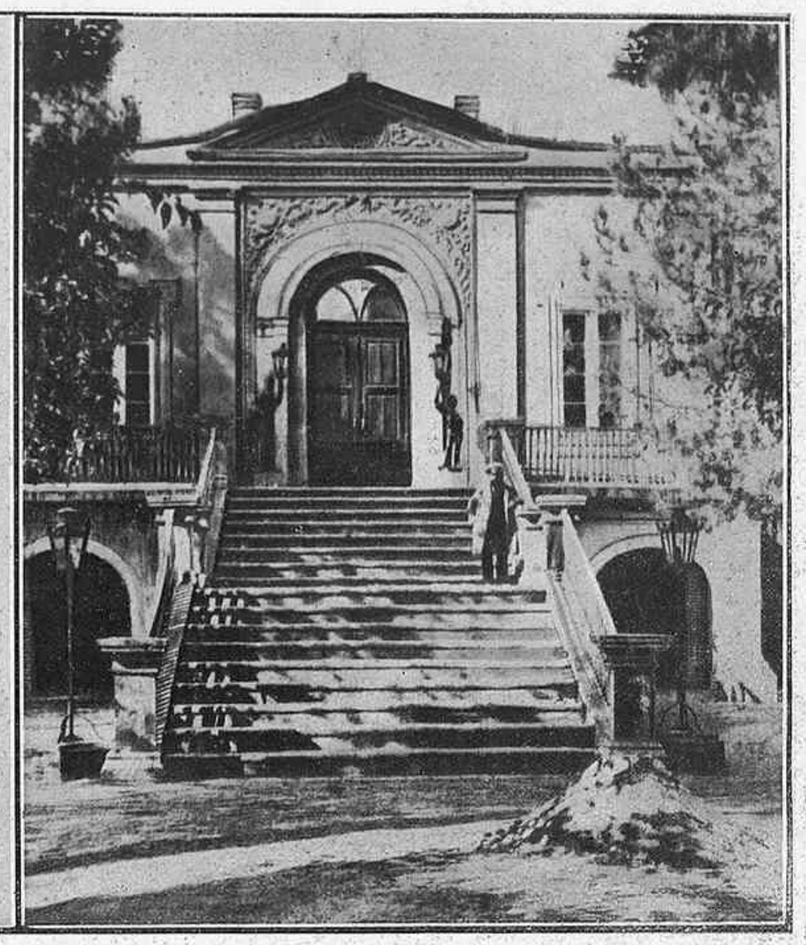
En obsequio de esos otomanos hanse celebrado varias fiestas: un banquete de la Sociedad de los Amigos de Oriente, que presidió el embajador de Turquía; un almuerzo de los parlamentarios franceses del grupo del arbitraje; otro almuerzo de la Liga franco-otomana; una recepción y un banquete de gala en el ministerio de Negocios Extranjeros; una garden-party en el ministerio de la Guerra, y otros varios obsequios. En todos estos actos reinó, como es de suponer, la mayor fraternidad, y en los discursos que los parlamentarios franceses más ilustres y los delegados otomanos pronunciaron, las notas dominantes fueron la expresión de las más vivas simpatías y el deseo de que impere la más cordial amistad entre la Turquía constitucional y la República francesa.—S.

Los diputados turcos en el ministerio de Negocios Extranjeros. (De fotografía de World's Graphic Press.)

2009 Ministerio de Cultura

PERSIA.—TRIUNFO DEL NACIONALISMO.—EL NUEVO SHAH

Vista general de Teherán, capital de Persia, que recientemente ha sido tomada por los nacionalistas. (De fotografía de M. Rol.)



Palacio de la embajada rusa en donde se refugió el shah destronado Mahomed-Alí. (Fotografía de Harlingue.)

Mahomed Alí, al subir al trono de Persia, en enero de 1907, había aceptado aunque muy á la fuerza la Constitución que su padre Mussaffer-Edín se había visto obligado á otorgar á su pueblo en agosto de 1906. El nuevo shah, que siendo todavía príncipe heredero y gobernando como tal la provincia de Azerbaidjan se había dado á conocer por sus sentimientos reaccionarios, trató, desde su advenimiento al trono, de destruir ó, por lo menos, de reducir aquella Constitución que limitaba demasiado su autoridad y que, por consiguiente, le era odiosa, y al fin, con el golpe de Estado de 23 de junio de 1908 destruyó el régimen constitucional y se propuso restaurar el antiguo régimen.

Ahmed Mirza, hijo primogénito del shah destronado, proclamado shah por los nacionalistas. (Fot.ª de Harlingue.)

Pero para esto habría sido preciso un hombre enérgico é inteligente que supiese organizar una fuerza capaz de resistir el empuje de las nuevas tendencias; y Mahomed Alí, por el contrario, es un hombre mediocre que sólo ha podido sostenerse algún tiempo gracias á la debilidad que, en un principio, mostraron sus adversarios y al apoyo de la brigada cosaca mandada por oficiales rusos, á las órdenes del coronel Liakhoff.

Los nacionalistas refugiáronse en Tabriz, que no tardó en ser el centro de un importante movimiento revolucionario y desde donde la rebelión fué extendiéndose á otras provincias y alcanzó gran fuerza, sobre todo cuando se adhirieron á ella los baktiaris, poderosa tribu guerrera de la región de Ispahán.

Ultimamente los revolucionarios marcharon sobre Teherán, la capital de Persia, de la cual lograron apoderarse, después de algunos sangrientos combates. Mahomed Alí, que no contaba con más defensores que los cosacos del coronel Liakhoff, hubo de abdicar y de refugiarse en la legación rusa, pactándose en seguida la paz entre los jefes nacionalistas, el Sifadar y el Sardar Assad, y los defensores del soberano destronado, y reuniéndose una asamblea nacional, que proclamó shah al príncipe heredero Ahmed-Mirza, bajo la regencia de Assad el-Mulk, jefe de la tribu Kayar.

El nuevo shah, cuya proclamación ha sido acogida en Teherán con gran entusiasmo, trasladóse inmediatamente al palacio de Saltanehabad, acompañado de una escolta anglo-rusa y de su preceptor Smyrnoff, y allí recibió á una delegación del Consejo nacional que fué á saludarle.

Ahmed-Mirza es un niño de once años y ya su padre le había proclamado heredero del trono en 25 de enero de 1908. Es el hijo segundo de Mahomed Alí; mas como la ley de sucesión en la dinastía Kayar, que reina en Persia, no se atiene estrictamente al principio de la primogenitura, sino que tiene en cuenta además el origen de la madre, Ahmed-Mirza ha sido preferido á su hermano mayor Ecte-zad Os, por ser éste hijo de una concubina y él hijo de una mujer noble.

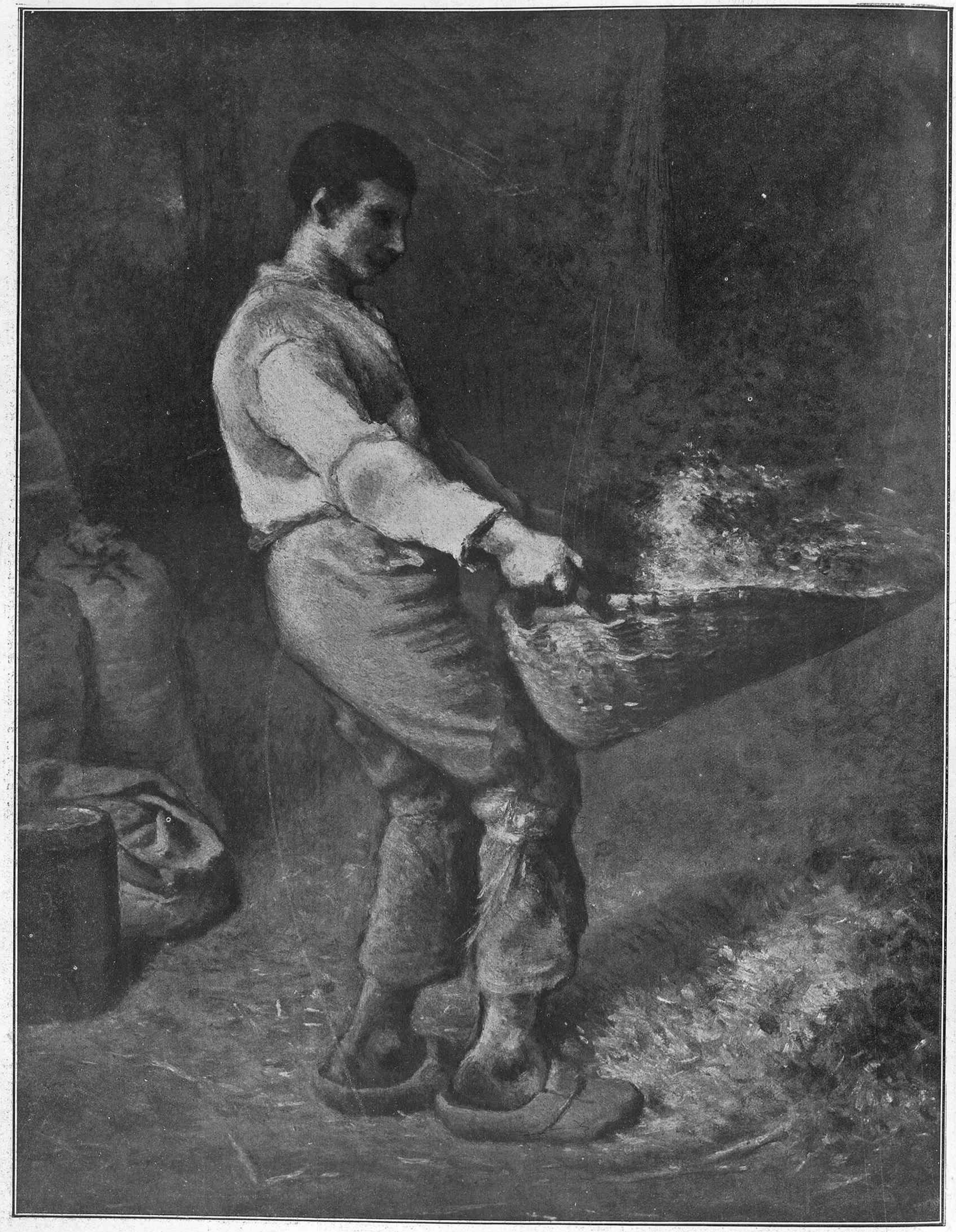
El regente Assed el-Mulk fué en otro tiempo ministro de Justicia de Nasr Edin, á quien acompañó en sus frecuentes viajes á Europa. Fué también consejero de Mussaffer-Edin y á él se debió seguramente la otorgación de la Constitución, pues hacía tiempo que era adicto á la causa liberal, á la que ha permanecido fiel durante la larga crisis provocada por la política versátil de Mahomed Alí. En su casa se reunieron los liberales el año último para preparar una protesta contra la obra reaccionaria del emir Bahadur-Ying y él fué quien presidió la comisión que pidió al shah la destitución de éste; aquel acto dió por resultado el encarcelamiento de todos los individuos de la comisión, menos Assed-el Mulk, á quien Mahomed Alí no se atrevió á prender por tratarse de una de las personalidades de mayor prestigio y más respetadas de Persia.

Assed el-Mulk, aunque no ejercía ningún cargo oficial, ocupaba en la corte un puesto preeminente; era el único que tenía derecho á sentarse en presencia del shah, y en todas las ceremonias oficiales iba inmediatamente después de éste y delante del gran visir. Cuenta actualmente sesenta y cinco años y es,

Sardar Assaad, jefe de los nacionalistas
(De fotografía de Harlingue.)

como hemos dicho, jefe de la tribu Kayar, de la cual forma parte la familia reinante.—S.

2009 Ministerio de Cultura



EL AECHADOR, famoso cuadro de Francisco L. Millet que forma parte de la magnífica colección de pinturas, asegurada por 18 millones de francos, que el multimillonario parisiense Chauchard ha legado en testamento al Museo del Louvre

(De fotografía de Braun Clement y C.ª)

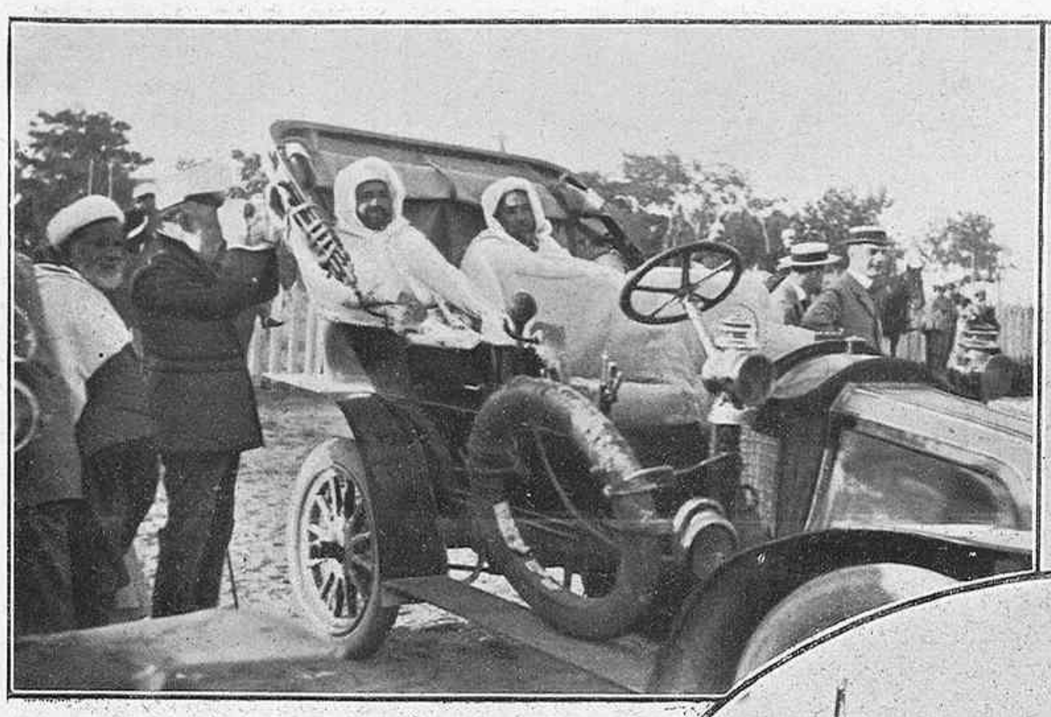
2009 Ministerio de Cultura

LA HILANDERA, famoso cuadro de Francisco L. Millet que forma parte de la magnífica colección de pinturas, asegurada por 18 millones de francos, que el multimillonario parisiense Chauchard ha legado en testamento al Museo del Louvre

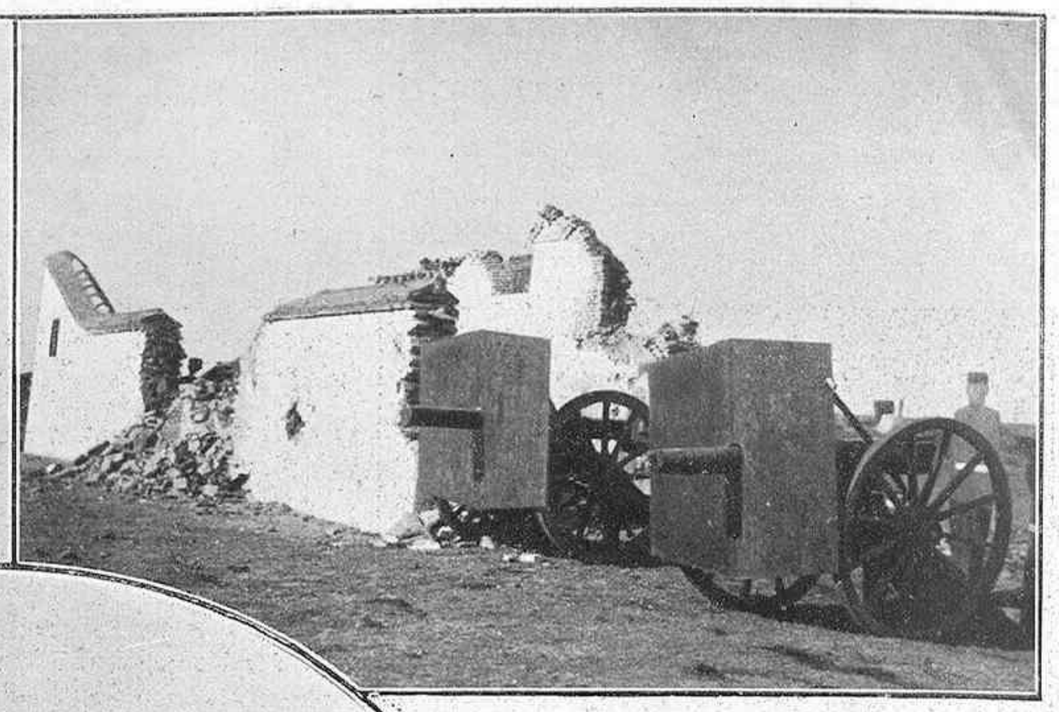
(De fotografía de Braun Clement y C.ª)

2009 Ministerio de Cultura

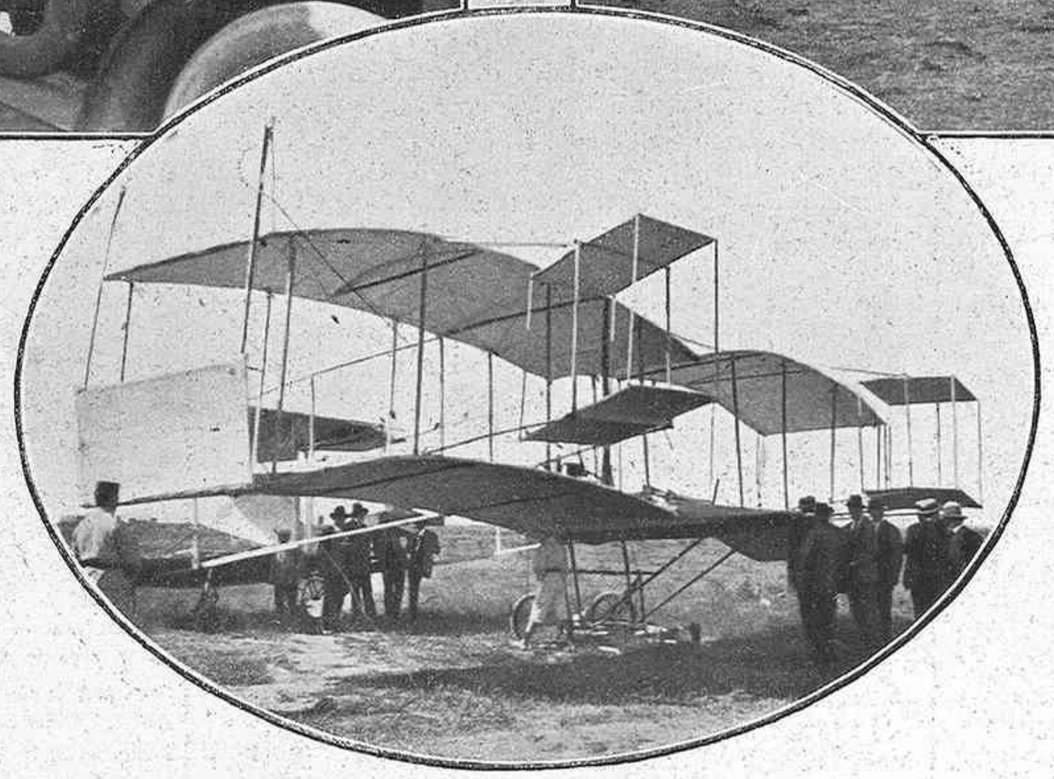
MADRID.—La embajada marroquí en las maniobras de Carabanchel. (De fotografías de M. Asenjo.)



El embajador presenciando las maniobras. Al lado del automóvil, el capitán general de Madrid Sr. Villar y Villate.



Ruinas de un fuerte simulado, destruído por la artillería



El aeroplano de los hermanos Sres. Salamanca

El día 19 efectuáronse en el campamento de Carabanchel unas importantes maniobras, que fueron presenciadas por la embajada marroquí.

A las cinco de la mañana salieron del hotel de Rusia, en automóviles, el embajador marroquí, el secretario, los dos consejeros, los tres caides y el Sr. Zugasti.

En el campamento estaban ya el capitán general Sr. Villar y Villate y el gobernador militar Sr. Bascarán, que recibieron á los enviados del sultán.

Las maniobras militares comenzaron inmediatamente con los ejercicios de tiro al blanco con cañones, por baterías, haciéndose después descargas cerradas.

El último blanco, hecho sobre una casita que quedó destruída, llamó la atención de los moros, que elogiaron mucho la certera puntería de los cañones. Estos hicieron los disparos á 3.600 y 3.700 metros de distancia.

Después se hicieron los ejercicios de ametralladoras, las que tenían por blanco maniquíes, que quedaron acribillados.

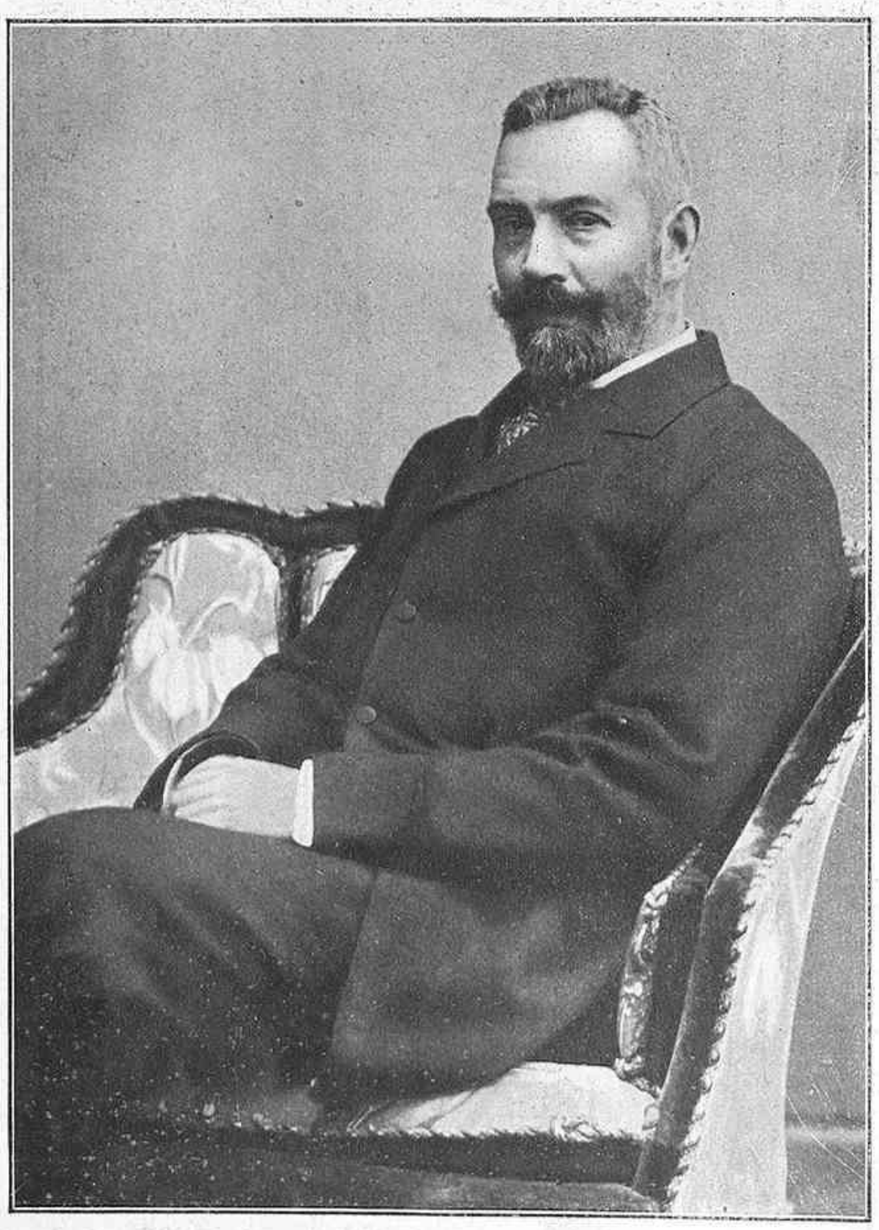
Terminados estos ejercicios, se verificó un simulacro de ataque por las fuerzas de infantería y después una carga general, hecha por la caballería.

Al terminar las maniobras desfilaron las tropas ante los marroquíes.

Estos quedaron complacidísimos de los ejercicios, así como de la amabilidad de las autoridades militares, que desde el primer momento se pusieron á su disposición, explicándoles detalladamente todos los experimentos, que luego traducía al árabe el Sr. Zugasti.

En el campamento había también el aeroplano de los hermanos Sres. Salamanca, preparado para hacer ensayos.

A las ocho y media de la mañana regresaron los expedicionarios al hotel.



El Sr. Bettmann-Hollweg, nuevo canciller del imperio alemán

TEOBALDO BETTMANN-HOLLWEG

Vencido en la lucha que entablara con la mayoría parlamentaria á propósito de las reformas financieras que proyectaba, y no queriendo disolver el Reichstag, por temor de que de las elecciones salieran fortalecidos los partidos radical y socialista, el príncipe de Bülow presentó hace pocos días al emperador la dimisión del cargo de canciller del imperio, que le fué admitida por el soberano.

Su sucesor, inmediatamente designado por Guillermo II, es el doctor Teobaldo de Bettmann-Hollweg. Nacido en 20 de noviembre de 1856 en Hohensinnow, estudió Derecho en Estrasburgo, en Leipzig y en Berlín, y entró en la administración, habiendo sido sucesivamente referendario, subprefecto, prefecto de Potsdam y presidente superior de la provincia de Brandeburgo.

En 1901 hubiera podido ser ministro; pero en aquel entonces existía un gran conflicto entre el emperador y los conservadores, á propósito de los canales del Elba al Rhin, y Bettmann-Hollweg impuso para la aceptación del cargo condiciones que no fueron admitidas. Dos años después, ante nuevos y apremiantes requerimientos del emperador, hubo de encargarse de la cartera del Interior, que desde entonces ha venido desempeñando.

Hablando de él ha dicho un eminente periodista, después de describir á grandes rasgos su genealogía desde el siglo XVII: «En el arte de manejar á los hombres, ha heredado la flexibilidad de sus antepasados paternos, los grandes banqueros de Francfort, tenaces y sin embargo dispuestos á los acomodamientos necesarios, positivos y hábiles; pero á esta ciencia de los negocios, que transforma á cada banquero en un diplomático y le prepara admirablemente para la vida pública, el quinto canciller del imperio junta una elevada cultura intelectual, que se ajusta á las tradiciones universitarias de su familia materna.»

Todo parece indicar que el nuevo canciller se dedicará principalmente á la política interior, dejando la exterior á la dirección del ministro barón de Schœn, y que seguirá muchos de los puntos del programa de Bulow, con más probabilidades de éxito que éste, pues no tendrá la ruda oposición del partido católico, que su antecesor había tratado en vano de quebrantar.

LA CAMPAÑA DEL RIFF

Como era de suponer, los rifeños han atacado las posiciones avanzadas que nuestras tropas ocuparon á raíz de la agresión cometida por los moros contra los trabajadores del ferrocarril de las minas de Beni-Bu Ifror.

Los ataques, hasta el momento en que escribimos estas líneas, han sido dos: el primero comenzó á las dos de la tarde del día 18 y terminó á la madrugada siguiente; el segungundo fué el 20 y duró toda la tarde y toda la noche, y en él los moros llegaron á hostilizar las cercanías de Melilla.

Los combates que se trabaron fueron encarnizadísimos y en ellos nuestros soldados se portaron heroicamente, batiéndose con gran denuedo contra fuerzas muy superiores en número que, despreciando el fuego de nuestra infantería y de nuestra caballería, avanzaban hasta junto á nuestras posiciones, de tal manera que momentos hubo en que la lucha fué cuerpo á cuerpo.

Nuestras bajas en estos combates han sido, según se desprende de las noticias oficiales, 4 jefes y oficiales y 37 soldados muertos, y 6 jefes oficiales y 80 soldados heridos.

Entre los oficiales heridos lo fué el capitán del batallón de cazadores de Barcelona n.° 3 D. Manuel de Mena, cuyo retrato publicamos adjunto. En el combate del 18 mandaba la sección de ametralladoras de su batallón, cuyos servidores quedaron diezmados; el Sr. Mena, á pesar de su herida no quiso permanecer fuera del campo de batalla más que el momento preciso para que le efectuasen una cura provisional, y hecha ésta volvió á ocupar su puesto en la sección de ametralladoras y siguió batiéndose valerosamente.

El número de bajas de los rifeños se desconoce, pues se calcula que ha de ser considerable, dado su modo de combatir despreciando la muerte y dados los estragos que en ellos causa nuestra artillería.

D. Manuel de Mena, capitán del batallón de cazadores de Barcelona n.° 3, herido en el combate de Melilla del día 18, al defender y dirigir heroicamente el grupo de ametralladoras de su batallón. (De fotografía.)

2009 Ministerio de Cultura

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONCLUSIÓN)

Y antes de que el Sr. Verdelet hubiese podido intervenir, había apretado el gatillo

—Sí, el hermano de Luciano. Yo estaba en América, llego á París después de cinco años de ausencia y me he enterado del casamiento... He sabido la desgracia de la pobre Juana... ¡Está loca!.. ¡La he visto!..

—¿La ha visto usted?

—Fuí al Cepellón... El Sr. Laroche me arrojó fuera de su casa...

—¡El Sr. Laroche le arrojó!.. ¡Ah, ya comprendo, ya comprendo, pobre muchacho!.., dijo el notario estrechando con gran efusión las manos de Edmundo.

—¡Usted comprende!.. ¡Hable usted!.. ¡Explíquese, por favor!..

—Su hermano de usted es un miserable..., un infame... Y usted, mi pobre amigo, usted es su víctima, como lo fué esa pobre Juana..., y yo, juguete de ese monstruo, ayudé á su infamia... Me hice inconscientemente su cómplice... No les conocía á ustedes entonces, ni al uno ni al otro... No sabía que semejante parecido pudiese confundirles... ¿Comprende usted lo que le quiero decir?.. Es verdad, no puede usted comprenderlo... Es preciso para ello que le explique...

El Sr. Verdelet hizo sentar á Edmundo, que era presa de la más violenta emoción, y continuó diciendo:

—¡Ahora me doy cuenta de todo! . He sabido lo que ha pasado en el Cepellón... El Sr. Laroche me ha escrito... Juana ya no está loca... La presencia de usted, su aparición, despertó en ella la memoria, devolviéndole la razón.

—¡Yo!..

—Le reconoció á usted.

—Sí, me tomó por mi hermano... Creyó que yo era su marido...

—¿Usted la amaba?

—¡Que si la amaba!.. ¡Más que á mi vida!, declaró Edmundo con indecible ardor. ¡Yo vivía para ella!.. ¡Por ella vine... y la encontré loca..., perteneciente á otro..., á ese miserable..., sí, usted lo ha dicho, á ese miserable que me la robó!..

—¿Entonces lo sabe usted todo?

—No, y vengo para que usted se sirva enterarme. Quiero saber lo que la pobre mártir ha sufrido, á fin de salvarla si es posible. Mi presencia le devolvió la razón. ¡Quién sabe lo que Dios me permitirá hacer todavía!..

—¿Pero respecto á su hermano?..

—Se aprovechó de mi amor, que yo le había revelado confidencialmente, para robarme la mano de Juana.

—Sí, se la robó, mi pobre amigo, dijo el notario, porque, ahora lo veo, á quien amaba Juana era á usted... El miserable tomó el nombre de usted para cometer su infamia...

—¡Mi nombre!..

—Sí; porque se casó con ella bajo el nombre de usted.

—¿Es posible?..

—Los casé yo.

—Pero Juana no le conocía... A quien ella conocía era á mí..., á mí que, habiendo quedado solo con mi padre, pasé todo el tiempo de mi infancia al lado de ella...

—Y al ver á su hermano, creyó que era usted... Todo se explica ahora, gracias á ese prodigioso parecido, del cual yo mismo fuí juguete hace un momento.

Entonces el Sr. Verdelet lo refirió todo.

Dijo cómo se había efectuado el matrimonio. Reveló la infamia de Luciano, su robo, su condena. Explicó la exacción emprendida por aquel monstruo para prevalerse hoy de sus derechos de padre. Enseñó los telegramas del Sr. Laroche anunciando la curación de Juana y encargándole que buscase á la pequeña Jenny.

Enteróle finalmente el Sr. Verdelet de los pasos que había dado en Meudon para descubrir á la comadrona.

—Pero esa comadrona, exclamó Edmundo, es mi madre.

—¡Madama Rollinet!

—La misma... Es su apellido paterno... Ella me dijo, en efecto, que había asistido al nacimiento de la hija de Juana.

—Entonces ella sabrá el paradero de esa criatura.

—Quizá.

—Juana, atacada de locura, huyó de la casita de Meudon, dejando allí á su hija; pues, en su inconsciencia, perdida la memoria, no se acordaba siquiera de su maternidad.

—¡Venga usted, venga usted!, dijo Edmundo, levantándose. ¡Yo le devolveré su hija, si vive!.. ¡Venga usted!..

Y arrastró al notario.

Subieron ambos al coche que esperaba á la puerta y Edmundo dijo al cochero:

—¡Al Gran Hotel!

Ahora estaba resuelto á decírselo todo á su madre,

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

2009 Ministerio de Cultura

pues su corazón estallaba, y se lo dijo todo, en efecto, delante del notario, que confirmó sus declaraciones, que reveló el robo y la condena que había sufrido Luciano.

La señora de Favreuse estaba atónita, pero aquellas graves acusaciones no disminuyeron su ternura ciega por su hijo predilecto. Apiadada, le excusaba y compadecía.

Hasta trató de defenderlo, y si no insistió fué porque pensó en aquella fortuna ganada por su otro hijo, por Edmundo, de la cual esperaba recibir una parte. Se lo había prometido.

Pero Edmundo y el Sr. Verdelet no perdían de vista el sagrado fin que perseguían.

Los odiosos manejos de Luciano cerca del señor Laroche probaban que sabía dónde se encontraba la niña, aunque acusase al padre de Juana de haberla hecho desaparecer.

La señora de Favreuse no quería irritar á su hijo, de quien iba á necesitar, y le explicó lo que había sido de la pequeña Jenny.

Después de todo, ¿qué le importaba aquella criatura?

Había que salvar ahora á Luciano, á quien el notario acusaba formalmente de substitución criminal y de falsificación de documentos públicos, puesto que había firmado su matrimonio con el nombre de su hermano.

Era el presidio para él y su matrimonio anulado afrentosamente por error de persona.

El divorcio no era ya necesario.

Entonces lo dijo todo.

Explicó cómo la hija de Juana, encontrada en la casa abandonada, había sido recogida por el pequeño deshollinador.

Indicó el domicilio de Pablo y de Rosita.

Edmundo y el notario corrieron allí.

¡Juana iba á ser salvada!

—¡Es usted, mi querido amigo, dijo el excelente Sr. Verdelet, quien ya le ha devuelto la razón y el que también va á devolverle su hija!.. Usted á quien admiro, porque, en todo esto, ha hecho el heroico sacrificio de su persona, no ha pensado más que en ella, porque la ha querido siempre y sigue amándola... ¡Oh! Y ella le ama á usted también, porque la pobre muchacha se entregó á su hermano creyendo entregarse á usted!.. ¡Usted, dentro de poco, le llevará su hija!..

—¡Yo..., no! No es posible, declaró tristemente Edmundo.

—¿Por qué?, preguntó sorprendido el amigo del Sr. Laroche.

—Juana lo ignora todo y es preciso que no sepa el crimen de que ha sido víctima.

—¿Y usted..., entonces?..

—Usted lo ha dicho... ¡Me sacrificaré por ella, para que sea feliz!.. ¡Creerá que su marido ha muerto y tendrá á su hija para consolarla!.. ¡Vamos!, añadió, bien resuelto al sacrificio, en el momento en que el coche paraba delante de la casa de la calle de Descartes.

Edmundo y el notario subieron al piso ocupado por la familia infantil.

Pablo y Rosita estaban allí.

Víctor jugaba amorosamente con la pequeña Jenny en el momento en que los dos caballeros se presentaron.

—¡El Sr. de Favreuse!, exclamaron á un tiempo Pablo y su amiga reconociendo al hijo del suicida de Montmartre.

Edmundo los reconoció también.

La cara de aquel niño que había socorrido á su padre no había sido olvidada.

El rostro de Víctor se puso sombrío.

Creyó un instante reconocer al que había robado á su padre.

El Sr. Verdelet lo notó y le sacó rápidamente de su error diciéndole la verdad.

La explicación fué corta.

Edmundo fué el que habló.

Interrogó desde luego á Pablo, quien refirió de qué manera había encontrado á la niña en la casa abandonada de Meudon, y las diligencias por el practicadas para conservar en su poder á la pequeña Jenny.

Pablo y Rosita, hablando alternativamente, contaron su vida y sus proyectos.

—Vamos á casarnos dentro de algunos meses, dijo la adorable muchacha, porque es preciso que esperásemos hasta tener la edad... Yo, hace tiempo que la tengo, puesto que las mujeres pueden casarse á los quince años; pero Pablo aún no ha cumplido los dieciocho.

—¿Y luego?.., preguntó Edmundo encantado y lleno de alegría.

—¡Y luego guardaremos nuestra hija!.. Porque ahora es nuestra, puesto que no tiene á nadie. Nunca ha podido saberse qué ha sido de esa señora de Meudon, su madre... La adoptaremos, como hemos hecho ya, y no la abandonaremos; vivirá siempre con nosotros.

—¡Siempre!.., dijo el Sr. Verdelet.

—¡Sí, señor, siempre, contestó Víctor, porque se casará conmigo, cuando sea grande, y viviremos todos juntos!

Entonces hubo que decir la verdad á aquellos adorables muchachos.

—¿Y si la madre de esta pobrecita Jenny vive, dijo el notario, y viene á reclamarla?..

Pablo, Rosita y Víctor quedaron tristemente confundidos.

Víctor, sobre todo, sufría ante la perspectiva de perder á aquella criatura que amaba ya como un hombrecito.

—Ustedes conocen á su madre, dijo á su vez Edmundo. ¡Es Juana..., Juana Laroche!... ¿Se acuerdan ustedes de ella?

—¡La señorita Juana!, exclamó Pablo.

—¡La buena señorita!.., dijo la hija de Landry.

—¡Sí, ella es, amigos míos!.. Esta criatura es su hija...

—¡Dios mío!.. ¿Es posible?

—¡Pues bien!, ya lo ves, Rosita, dijo Pablo, ¡hay que devolvérsela!

—¡Jenny!, exclamó Víctor estrechando á la niña en sus brazos. ¡Jenny!.. ¡Oh, no, no!

Y dirigiéndose á su amiguita:

—¿Quieres quedarte con Totor, Nini?, le dijo.

—¡Sí!.., con Totor.., contestó Jenny.

—¿Y no quieres ir con tu mamá?.., le dijo el notario enternecido.

—¡Mamá!.., dijo la hija de Juana volviendo los ojos hacia Rosita, ¡mamá está aquí!

Y le tendió los brazos.

—¿Y yo?, dijo Pablo.

—¡Tú.., tu eres papaíto!..

—¡Oh, caballeros!, imploró Rosita; ¡la señorita Juana es tan buena!.. Cuando sepa que hemos cuidado de Nini..., cuando vea lo mucho que la queremos, ¿no tendrá inconveniente en que vivamos á su lado?

—Lo hará con mucho gusto, hijos míos, contestó el notario.

—Desde luego, yo no me separo de mi pequeña Nini, declaró enérgicamente Víctor.

—Además, dijo orgullosamente Pablo Galoux, no seremos ninguna carga para la señorita Juana. Yo gano para vivir: yo trabajo.

—Y yo también, dijo Rosita.

Edmundo intervino.

—No quiero que en adelante tengáis que preocuparos de vuestro porvenir. Soy rico, amigos míos, y quiero recompensaros por lo que habéis hecho.

—¡A nosotros, caballero!.., exclamó Pablo.

—Sí, á los tres. Yo me encargo de todo. Mi amigo el Sr. Verdelet se ocupará de vosotros.

El notario comprendió las intenciones del generoso joven.

Víctor, entonces, se acercó á él, y en tono suplicante, como poniéndose confiadamente bajo su protección, imploró:

—¡Caballero, por favor, pida usted á esa señora que me tome á su lado..., á fin de que yo no tenga que separarme de mi pequeña Nini!.. ¡La quiero tanto..., si usted supiera!..

Edmundo estrechó la mano del muchacho.

—Te lo prometo, le dijo.

—Y yo, añadió el Sr. Verdelet, te lo prometo también: no te separarás de ella.

—Vosotros mismos, amiguitos, repuso Edmundo de Favreuse, llevaréis esta encantadora niña á su madre.

—¡Nosotros!..

—Así sabrá lo que habéis hecho. Sabrá que sois vosotros los que se la devolvéis y os lo agradecerá, pues ya os quiere mucho.

Entonces tomáronse varias disposiciones en este sentido.

El Sr. Verdelet acompañaría á Pablo, Rosita, Víctor y la pequeña Jenny.

Momentos después, el notario telegrafió al señor Laroche.

Le decía que había encontrado á la hija de Juana y le anunciaba que se la iba á llevar.

Luego preguntó á Edmundo:

—Y usted, ¿vendrá también?

—No..., no... Sería demasiado cruel, contestó el joven.

—Sí, quiero que usted venga, insistió el notario. Aunque no sea más que para que el Sr. Laroche sepa cuánto se equivocó respecto á usted.

—¡Qué importa!.. Esto no es nada al lado de lo demás, dijo Edmundo con voz quebrantada.

—¡Lo demás!.. Pero todo se reparará, hijo mío, prometió el notario sin decir lo que proyectaba. Usted vendrá, lo quiero... Es preciso, hasta por la misma Juana.

Edmundo obedeció al nombre de la amiga de su infancia.

Antes de partir quiso asegurar, como había prometido, el porvenir de aquellos excelentes muchachos.

Entregó al notario doscientos mil francos para que hiciese de ellos el uso que mejor le pareciese en favor de los tres chicos.

Quería hacerles felices.

Luego partieron todos juntos.

Edmundo no quiso ir á lá quinta.

Quedóse en Segonzac, esperando en el hotel al Sr. Verdelet.

No se sentía capaz de ocultar sus sentimientos delante de Juana; ¿y no convenía que ella ignorase siempre la vergüenza y la infamia de que era víctima?

Juana esperaba á su hija, que el telegrama del Sr. Verdelet había anunciado.

Los dos médicos y su padre estaban con ella.

«La emoción que experimentaría—había afirmado el eminente alienista—no podía menos de serle saludable.»

Y en efecto, al ver á su bonita Jenny, al estrecharla contra su pecho, al besarla, su rostro se transfiguró divinamente en la exaltación de su ternura maternal.

La locura había desaparecido para siempre.

La curación era completa y definitiva.

Sólo el recuerdo de lo que había pasado durante aquellos cuatro años de demencia permanecería borrado, y esto sería su salvación, pues nadie le revelaría nunca la verdad.

El Sr. Laroche y Juana dieron las gracias á Pablo y á Rosita, cuya admirable abnegación y ternura les explicó el Sr. Verdelet.

El antiguo comerciante, conmovido, les tranquilizó, pues aún temían que los separasen de la pequeña Jenny.

—No, no os separaréis nunca de nosotros, les dijo.

—¿Y yo?.., preguntó Víctor.

—Tú tampoco, amigo mío, dijo Juana. Estarás con ella, puesto que la quieres tanto.

Y les instalaron en la quinta.

Por la tarde, cuando pudo encontrarse á solas con el Sr. Laroche, el Sr. Verdelet le habló de Edmundo.

El padre de Juana quiso reparar en seguida lo que había hecho y fué con el notario al hotel del Caballo Blanco, donde el joven esperaba la vuelta del Sr. Verdelet para regresar á París, después de haberse enterado de lo que hubiese ocurrido en la quinta.

Atravesaban el parque del Cepellón, cuando un hombre, que había penetrado en la quinta, salió de un bosquecillo tras del cual se ocultaba.

Adelantóse hacia el Sr. Laroche y le dijo:

—Caballero, escúcheme...

—¿Quién es usted?.., preguntó el padre de Juana no reconociendo al marido de su hija, cuya voz se hallaba alterada y cuyo rostro estaba enteramente desfigurado.

Era Luciano.

Inmediatamente después de su entrevista con Edmundo, la señora de Favreuse había corrido á Saint-Denis, á casa de Griffonnier, queriendo prevenir á su hijo del peligro que le amenazaba.

Después de aquellas revelaciones, había comprendido el motivo de la desaparición de Luciano al reconocer la voz de Edmundo.

Quería salvarlo.

Griffonnier le diría dónde se encontraba.

La comadrona lo encontró en el cuarto que el expasante ocupaba en el figón de la isla de Saint Denis.

Entonces se lo explicó todo.

Griffonnier, al oir aquellas revelaciones, meneaba la cabeza.

Efectivamente, había falsificación de documentos públicos, penados con presidio.

Luciano tuvo miedo.

El miserable temblaba, sacudido por un terror espantoso.

Se había puesto lívido.

Pensaba que su hermano no tendría ninguna compasión de él.

Sabía que el Sr. Laroche vengaría á su hija y lo denunciaría.

2009 Ministerio de Cultura

Pensó en huir.

Pero Griffonnier no era de este parecer. Se esforzó en tranquilizarlos.

El Sr. Laroche, á pesar de su resentimiento, á pesar de su furor y de su necesidad de venganza, pondría por cima de todo el interés de su hija, cuya razón, apenas restablecida, aún poco firme sin duda, podía trastornarse de nuevo y sucumbir para siempre bajo el golpe de una emoción tan violenta como la que le causarían aquellas revelaciones.

Podía sacarse partido de la situación.

Le aconsejó, pues, que viese á su suegro y le vendiese su silencio.

—Desaparecerás, si te paga, añadió Griffonnier. ¡Qué te importa!.. Tu mujer ya, para ti, es como si no existiese.

La señora de Favreuse aprobó la idea.

Ella obtendría por su parte dinero de Edmundo y partirían juntos.

Luciano vió en ello una salvación posible.

Y se decidió.

Entonces todo quedó convenido entre aquellos tres miserables.

A fin de despistar las pesquisas, si alguna se practicaba, resolvieron que la señora de Favreuse y Griffonnier marcharían juntos á Dieppe, donde tomarían el primer vapor inglés para New Haven.

Allí esperarían á Luciano, que se reuniría con ellos inmediatamente después de haber obtenido del Sr. Laroche el dinero que esperaba arrancarle para desaparecer y evitarle todo escándalo.

La señora de Favreuse se llevaría todo lo que su hijo poseía aún del dinero entregado por el señor Atanasio.

De New Haven, una vez en seguridad, ella escribiría á Edmundo. Si era necesario, iría á Londres á verlo, en casa de M. Pick, donde tenía que pasar algunos días antes de volverse á América, y obtendría de él una suma importante.

Partió luego con Griffonnier, mientras Luciano iba á tomar en París el tren que había de conducirle á Segonzac.

El miserable calculó el paso que iba á dar.

Trató de prevenir todo lo que podía suceder.

Esperaba que el Sr. Laroche, por la salud de Juana, al mismo tiempo que para evitar todo escándalo, consentiría en pagar para que él desapareciese.

Si era preciso, le amenazaría.

Le asustaría con un escándalo mayúsculo que armaría en su casa, si se negaba á pagar.

Para esto, se proveyó de un revólver.

Pero el infame calculó también otra posible eventualidad.

Podía ser detenido y denunciado, en caso de ser reconocido, antes de haber logrado el objeto de su monstruosa exacción.

En tal caso, no se escapaba de ir á presidio. Se lo había dicho Griffonnier.

Lo que más le asustaba era la confrontación con su hermano.

Había que prever esta contingencia.

«Si me cogen, peor para mí—dijo para sus adentros con sombría resolución.—¡Me mataré!»

Entonces, en la fonda de la estación de Orleáns, donde esperaba la hora del tren, escribió esto:

«*Me llamo Luciano de Favreuse.*

»*Estoy harto de vivir.*

»*Que no se averigüe nada y den aviso de mi muerte á mi madre, Madama de Favreuse, Queens-Victoria hotel, New Haven, Inglaterra.*»

Se metió este papel en el bolsillo y partió.

A la pregunta del padre de Juana, contestó:

—¡Soy el marido de su hija!.. ¡Necesito hablar con usted!..

El Sr. Laroche dió un salto.

Iba á arrojarse sobre aquel miserable y estrangularlo.

El Sr. Verdelet le retuvo, cogiéndolo por la cintura.

Pero el antiguo comerciante estaba dotado de una fuerza hercúlea.

Desprendióse de su amigo y se precipitó sobre el infame.

Luciano había tenido tiempo de prever aquella agresión.

Había retrocedido algunos pasos, y sacando el revólver, apuntó al Sr. Laroche.

—¡No me toque, gritó, ó le mato!

Pero el Sr. Laroche, fuera de sí, no oyó nada.

Se arrojó sobre Luciano, y en una corta lucha, que duró apenas algunos segundos, le arrebató el arma.

Luego, cegado por el furor, la dirigió contra el infame, y antes de que el Sr. Verdelet hubiese podido intervenir, había apretado el gatillo.

Sonó el tiro.

Luciano se desplomó como una masa inerte.

—¿Qué ha hecho usted?.., gritó el notario.

—¡Justicia!.., contestó el padre de Juana.

—¡Desdichado!..

El Sr. Verdelet se inclinó, esperando que Luciano no estaría más que herido.

Lo palpó y dijo consternado:

—¡Muerto!..

Entonces el notario vió un papel que salía del bolsillo del ladrón.

Era la declaración escrita en la fonda de la estación de Orleáns que Luciano había hecho salir involuntariamente al sacar su revólver.

El Sr. Verdelet cogió el papel y lo leyó.

Su rostro reflejó una alegría interior.

Aquella declaración providencial era la salvación de su amigo.

No habría escándalo.

Volvió á meter el precioso papel en el bolsillo del muerto.

Atraído por la detonación, el jardinero acudió corriendo.

—Vaya usted á casa, dijo el notario á su antiguo amigo; quédese al lado de Juana. Que nada sepa de lo que acaba de pasar aquí.

Y añadió empujándolo:

—Yo me encargo de todo.

El Sr. Verdelet explicó al jardinero:

—En el momento en que pasábamos, este hombre salió de detrás de ese bosquecillo y se mató en prerencia de nosotros.

Conforme á las órdenes que dió el notario, el cadáver fué trasladado á la habitación del jardinero, mientras un criado corría á prevenir al alcalde de Segonzac.

El Sr. Verdelet fué en busca de Edmundo, á quien enteró del drama que acababa de ocurrir.

—¿Ve usted?, le dijo, es la justicia de Dios. Venga usted; Juana lo ignora todo. Es usted á quien ella reconoció..., sólo usted es su marido...

Se lo llevó á la quinta, vivamente conmovido, no pudiendo reponerse aún de la violenta emoción que se había apoderado de él.

El parecido hizo lo demás.

A la vista de Edmundo, Juana se estremeció profundamente.

Su rostro se iluminó, sus ojos brillaron de una manera incomparable.

Tenía á su hija en brazos y la ofreció á los besos del joven diciendo transportada de dicha:

—¡Tú, Edmundo!.. ¡Oh, amado mío!..

—¡Juana..., mi querida Juana!., balbuceó él ebrio de amor.

—¡Nuestra hija!.., dijo la joven madre. ¿Ves qué bonita es nuestra hija?

Tomando á la niña en sus brazos, Edmundo la cubrió de besos, susurrando tiernamente al oído de Juana:

—¡Sí..., nuestra hija!.

Llorando, vencido por tantas emociones, el señor Laroche abrió los brazos al amado de Juana, á aquel noble joven que la había salvado.

—¡Bendito sea!.., le dijo.

Y añadió en voz baja:

—¡Oh, perdone!..

—¡Ea!, dijo el Sr. Verdelet á su viejo amigo y á Edmundo. Juana está salvada y esto es lo principal. Yo me encargo de lo demás, y todo se hará legalmente, yo respondo de ello...

Al día siguiente se leía en el *Petit Journal:*

«*Un siniestro en la Mancha.*—El vapor inglés *William and Edward,* que hacía el servicio de Dieppe New Haven, ha naufragado en un abordaje, pereciendo tripulación y pasajeros.

»Mañana daremos detalles sobre ese espantoso choque.»

La señora de Favreuse y Griffonnier se habían embarcado en aquel vapor.

Tres meses después, la *Normandía,* el mismo transatlántico en que había venido Edmundo á Francia, efectuaba un nuevo viaje con rumbo á Nueva York.

A su bordo se encontraban Juana Laroche y Edmundo de Favreuse, con la pequeña Jenny y Víctor Landry.

Ni Edmundo ni Juana hubieran querido separar á Totor de Nini.

Víctor, cuya inteligencia había llamado la atención del arquitecto que le tenía de delineante, iba á secundar eficazmente á M. James Pick en sus construcciones de Montreal y de Portland.

Se encontraría allí con una situación.

En la estación de San Lázaro, en el momento de su partida para el Havre, se encontraban el señor Laroche, Pablo y Rosita, ya casados y ricamente dotados por Edmundo y por el padre de Juana.

Debían vivir en el Cepellón con el Sr. Laroche.

El Sr. Verdelet y el doctor Desvallieres estaban allí también, y á su lado se encontraban además la buena de Sofía y el tío Bourasse, encantados de la suerte de su sobrino.

—¡Vaya que tuve yo una buena idea, decía el carbonero, al meter á deshollinador á ese galopín!. Labré su fortuna, ni más ni menos...

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

2009 Ministerio de Cultura

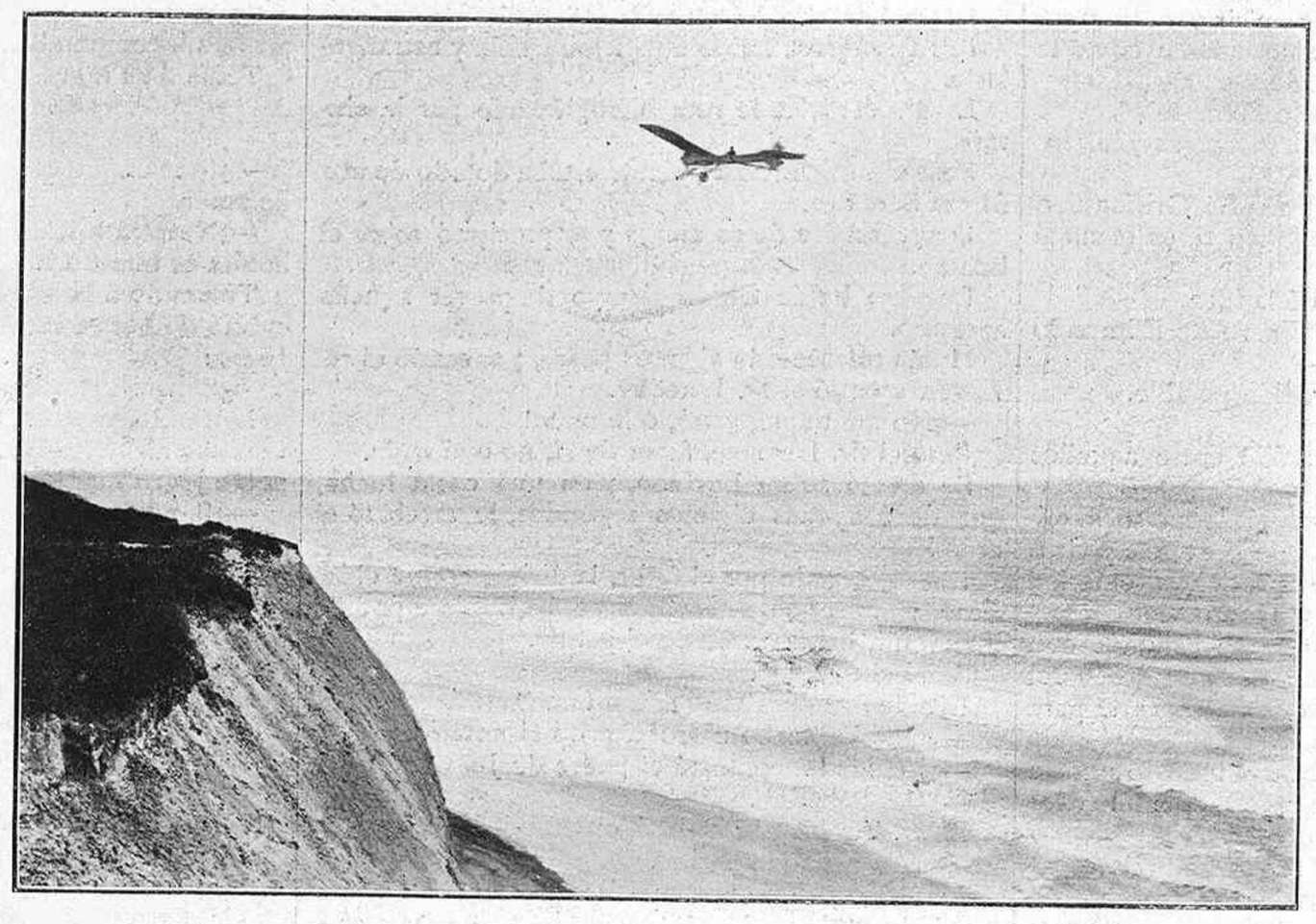
LA TRAVESÍA DEL CANAL DE LA MANCHA EN AEROPLANO.—Tentativa desgraciada de Latham

Después de varios días de espera y de ensayos parciales efectuados en Sangatte, el aviador Enrique Latham, de quien nos hemos ocupado en otras ocasiones, realizó el día 19 de los corrientes la arriesgada tentativa de atravesar el canal de la Mancha, desde Calais á Douvres, en su aeroplano *Antoinette IV.*

A las cinco de la mañana, á pesar de la niebla, el aeronauta comenzó sus preparativos, al mismo tiempo que se avisaba al comandante del contratorpedero *Harpón* y al remolcador *Calaisien* para que adoptasen las medidas necesarias á fin de seguir el vuelo del aeroplano y poder prestar, en caso de necesidad el debido auxilio al expedicionario.

Fuera del cobertizo el aparato volador, Latham, tranquilo, sonriente, lo examinó con detención, asegurándose de que todo el mecanismo estaba corriente, y ensayó el motor, que funcionó con toda regularidad.

El *Harpón* y el *Calaisien* tomaron convenientes posiciones en el mar, y cuando estuvieron dispuestos, el primero disparó tres cañonazos, que eran la señal convenida para avisar que el aeronauta podía emprender su vuelo.



El aeroplano en los aires á la salida de Calais

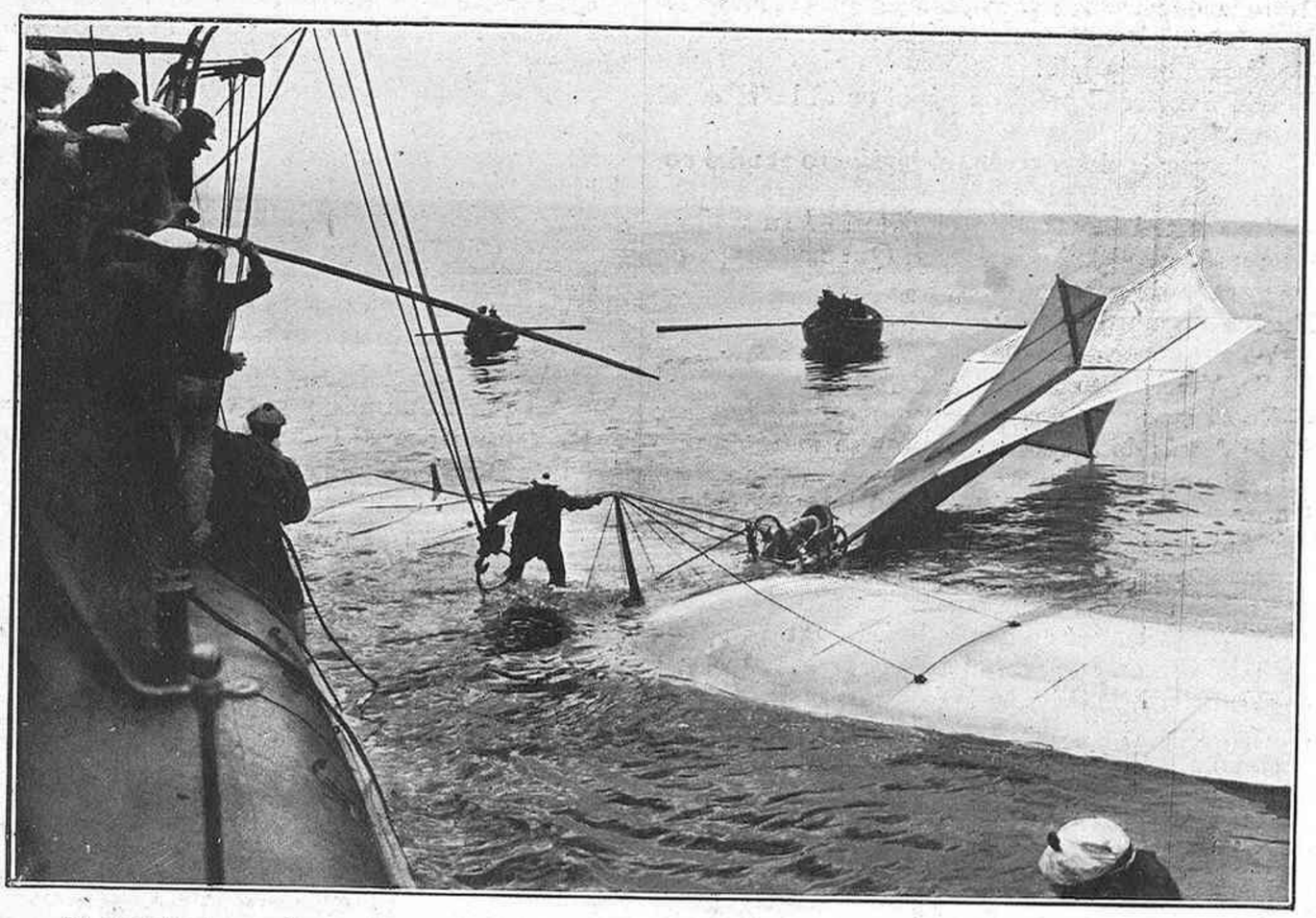
El público, presa de gran emoción, saludaba cariñosamente á Latham, quien correspondía á aquellos saludos con afectuosos apretones de manos y diciendo: «Hasta muy pronto, en Douvres.»

Después con serenidad admirable dió un último vistazo al *Antoinette IV,* y sentándose en él hizo funcionar el motor; el aeroplano corrió un rato rápidamente sobre el suelo, y luego, elevándose en el aire, hizo rumbo á Calais, pasó por encima de la ciudad, describió una curva para orientarse á una altura de 200 metros y al fin se le vió emprender la marcha resueltamente hacia las costas de Inglaterra, perdiéndose de vista al poco rato.

Cuando hubieron transcurrido cuarenta minutos, tiempo que se calculaba suficiente para efectuar la travesía del canal, desde Sangatte preguntóse á Douvres, por medio de la estación de telégrafos sin alambres que había instalado el diario londinense *Daily Mail,* si había llegado Latham, y al recibir una respuesta negativa, cundió entre el público gran alarma, pues temióse con fundamento que hubiera sucedido una catástrofe.

Por fortuna aquellos temores no se realizaron; Latham había caído en el mar, pero había sido oportunamente salvado por el *Harpón.*

He aquí lo que había sucedido. Apenas dada la señal de partida, la tripulación del contratorpedero púsose á observar atentamente el punto de la costa por donde había de aparecer el monoplano; al cabo de un rato de espera, vióse surgir el aparato, y entonces el *Harpón* hizo rumbo á toda máquina hacia Douvre, procurando conservar la menor distancia posible entre él y el aviador, que por momentos iba ganando terreno.



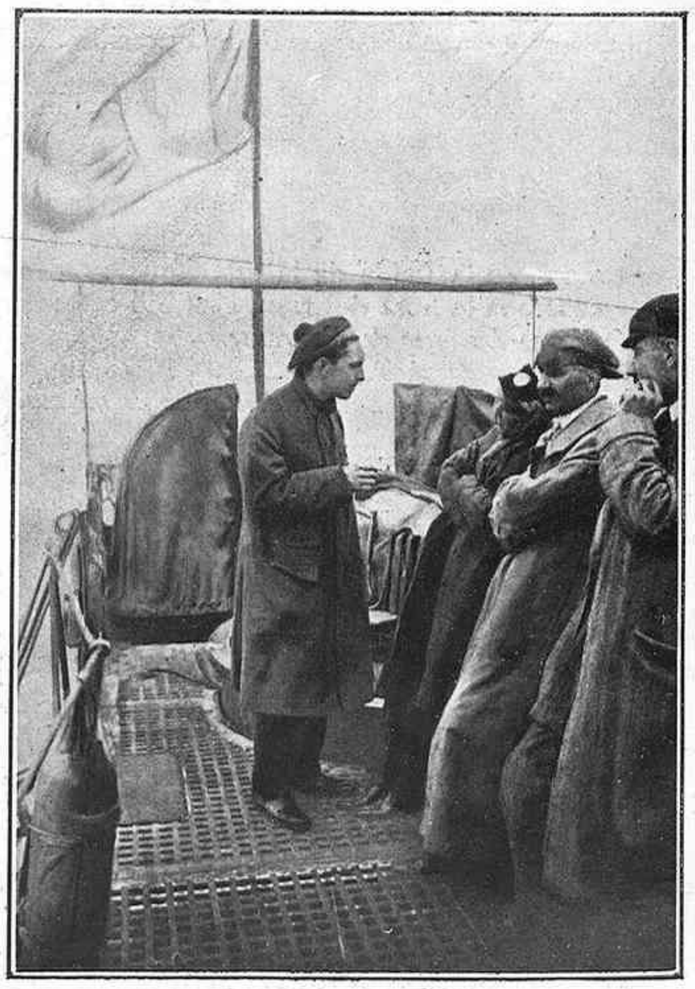
El contratorpedero «Harpón» recogiendo el aeroplano de en medio de las olas

De pronto uno de los oficiales del buque gritó «¡Que se cae!»; y en efecto, el aparato, cuya hélice no funcionaba, deslizábase rápidamente hacia el mar hasta quedar posado sobre las olas. El *Harpón* forzó la máquina en dirección al aparato, y cuando estuvo cerca de éste lanzó al agua varios botes que encontraron á Latham sentado en lo alto del asiento para no mojarse los pies y fumando tranquilamente un cigarrillo. Conducido á bordo del contratorpedero, en donde todos se apresuraron á felicitarle por haber salido sano y salvo de la tentativa, aun cuando ésta hubiese fracasado, explicó lo ocurrido.

«No sé qué ha pasado, dijo; el motor se paró repentinamente. ¿Por qué? Lo ignoro, pero pronto sabremos la causa de ello. La salida se había efectuado admirablemente; después de una carrera de cincuenta metros, el aparato abandonó el suelo. Dirigióse hacia Calais y después de una virada pasé por encima de mis cobertizos, me encaminé á la costa y llegué sobre el mar á una altura de 150 metros. Estaba tan seguro del éxito que ya había desplegado mi bandera. Veía á lo lejos el humo del contratorpedero, que era mi guía, é hice rumbo hacia él; iba á alcanzarlo y á dejarle atrás, y tan seguro me creía que me disponía á fotografiar el barco, cuando de pronto se paró el motor. Tuve entonces una gran pena, y por primera vez en mi vida conocí la desesperación. Hice lo imposible por poner de nuevo en marcha el aparato; pero todo fué inútil. El monoplano siguió descendiendo lentamente y cayó en el mar, flotando sobre el agua, tal como yo había previsto. Mas no hablemos de lo pasado. Esta noche partiré para Mourmelón, en donde me haré cargo de un nuevo monoplano bautizado con el nombre de *Qui sait? (¿Quién sabe?),* y dentro de ocho ó diez días volveré á la costa de Sangatte para intentar de nuevo la travesía del Canal de la Mancha; y esta vez espero que el éxito coronará mi empresa.

El *Antoinette IV,* que había caído á 13 kilómetros de la costa francesa, 25 minutos después de su partida, fué pescado con gran trabajo é izado en el mástil de carga del *Calaisien;* aquel admirable aparato estaba convertido en un conjunto informe.

Latham desembarcó en Calais, en donde fué recibido con entusiasmo delirante y de donde partió aquella misma noche para ir á buscar su nuevo monoplano.



Enrique Latham á bordo del contratorpedero *Harpón* después de haber sido recogido en el mar

Es probable, sin embargo, que antes de que pueda realizar su tentativa, la realice Bleriot, que se dispone también á cruzar el Canal en el aeroplano de su invención.—B.

(De fotografías de M. Branger.)

2009 Ministerio de Cultura

D. CARLOS DE BORBÓN Y DE AUSTRIA ESTE

Tras de los sendos rudos golpes sufridos recientemente por la Comunión tradicionalista con la muerte de dos de sus más ilustres personalidades, el diputado á Cortes don Matías Barrio Mier y el periodista D. Benigno Bolaños, la noticia del fallecimiento del Duque de Madrid, ocurrido en Varese el día 17 de los corrientes, á las 5'30 de la tarde, ha venido á llenar de consternación á sus leales partidarios y á despertar, en los que no lo son, la triste curiosidad de la marcha que pueda imprimir al partido carlista su heredero.

D. Carlos de Borbón y de Austria Este, hijo de D. Juan de Borbón y Braganza y de la archiduquesa doña María Beatriz de Austria Este, nació en Laybach (Austria-Hungría) el 30 de marzo de 1848. Su infancia pasóla al abrigo cariñoso del amor solícito de su querida madre, que tomó por su cuenta y riesgo la educación de su augusto hijo. Esa educación valiosísima recibióla junto con su hermano D. Alfonso en las cortes de Módena y Praga, y á la sombra de sus tíos el duque Francisco V y el emperador Fernando I. Tuvo también por ayo al general D. Luis García Puente, y por preceptor al P. Cabrera y Aguilar. Educáronle además en la profesión de las armas el coronel Flores Villamil y el capitán Risch en Praga. En 4 de febrero de 1867 contrajo matrimonio en Frohsdorf (Baja Austria) con doña Margarita, hija de Fernando Carlos III, duque de Parma, y de Luisa de Borbón. En 3 de octubre de 1868 su padre abdicó en él sus derechos, abdicación que notificó D. Carlos á todos los soberanos europeos en carta del 22 del mismo mes, no ocupándose desde entonces más que en la organización de sus ejércitos, desde París primero, desde la frontera de Cataluña, Londres y Baden-Baden después sucesivamente, hasta que á 2 de mayo de 1872 entró en España por Vera, poniéndose al frente de las huestes alzadas, por orden suya, desde Ginebra, el 21 del mes anterior para defender é implantar su programa político, que había dado á conocer en carta dirigida á su hermano D. Alfonso, desde París, el 30 de junio de 1869. La suerte no le fué favorable, á pesar de las gloriosas jornadas de Allo, Dicastillo, Montejurra, Somorrostro, Lácar y Mendizorrotz, y de las tomas de Estella, Ibero, Las Campanas, Viana, Portugalete, y el 28 de febrero de 1876 entró en Francia, y desde el puente Arnegui, rodeado del estandarte de la Generalísima y de más de cuarenta banderas de sus ejércitos, lanzaba á sus soldados el «Volveré» que había de mantenerlos adictos, pero que la muerte no le ha permitido cumplir, porque, como decía en carta á D. Luis M.ª de Llauder de 20 de septiembre de 1888, «no quería turbar la paz de España mientras no se viese, como entonces se vió, llamado por unánime clamor de todos los oprimidos.» Pau fué la primera etapa de su destierro, después Londres, y por fin Venecia, en cuyo Palacio de Loredán reunió, como en histórico museo, armas, banderas y trofeos de guerra. Antes, empero, de encerrarse allí, visitó los Estados Unidos y Méjico, y siguió las operaciones de la guerra de Oriente asistiendo á la toma de Nicópolis y á las tres batallas de Plewna, que le merecieron ser condecorado por el entonces príncipe Carlos de Rumanía con la Cruz del Valor militar. También visitó las cortes de Atenas, Bucharest y San Petersburgo, y recorrió las principales ciudades de la América española, viéndose en todas ellas agasajado.

D. Carlos enviudó de su primera esposa en 1893, y un año después contrajo segundas nupcias con doña María Berta de Rohán, que no le ha dado ningún hijo. Los de su primer matrimonio son: Blanca, nacida el 7 de septiembre de 1868; Jaime, nacido el 27 de junio de 1870; Elvira, nacida en Ginebra el 28 de julio de 1871; María Beatriz y María Alicia, ambas nacidas en Pau respectivamente el 21 de mayo de 1874 y el 29 de junio de 1876.

D. Carlos de Borbón (fallecido en Varese en 17 de los corrientes) y su esposa la princesa Berta de Rohán en los jardines del Hotel Excelsior, de Varese. (De fotografía hecha pocos días antes de su muerte y comunicada por Argus Photo Reportage.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Data de 1849 PUREZA DEL CUTIS París
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
Casa CANDÈS Bd St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejdos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

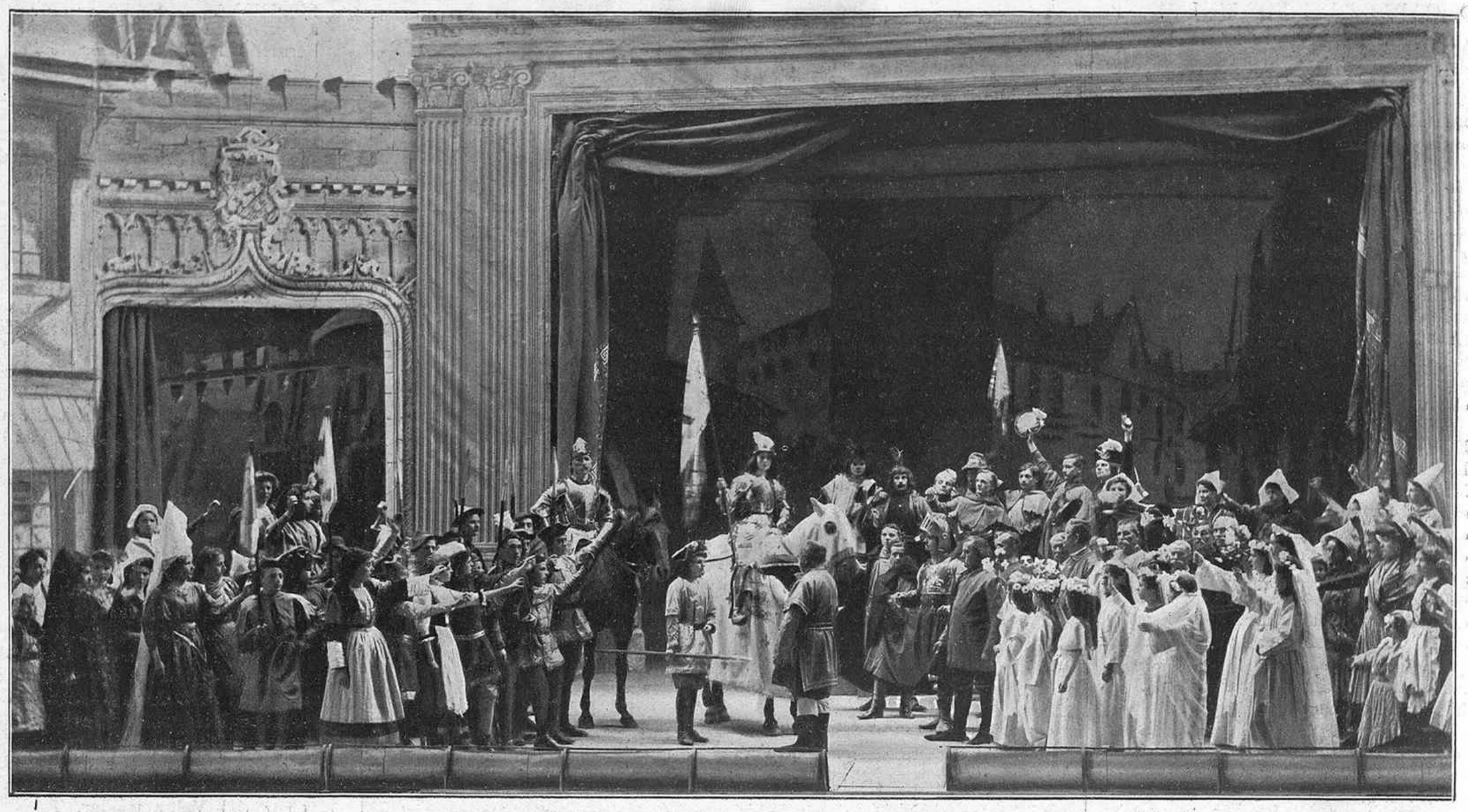
AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, París, que envía gratis su curioso librito.

2009 Ministerio de Cultura



Representación del drama histórico «Juana de Arco» en el Teatro de la Pasión, de Nancy. (De fotografía de Carlos Trampus.)

En Nancy se ha dado una representación de *Jeanne d'Arc*, ante millares de espectadores, en el Teatro de la Pasión. Este teatro, centro de arte cristiano, no ha nacido al calor del entusiasmo producido en Francia por la beatificación de la insigne aldeana de Domremy, sino que cuenta cuatro años de próspera existencia, durante los cuales se han puesto en escena las obras tituladas *Passion*, *Notre Dame Gueschin* y *Lourdes*.

Jeanne d'Arc ha venido á continuar la serie. El canónigo monseñor Petit ha hecho un buen arreglo del libreto de Barbier y una excelente adaptación de la música de Gounod. Cada uno de los actos va precedido de un cuadro viviente, destinado á poner de relieve la misión de la mujer francesa en pro del bienestar y de la prosperidad de su patria. Juana de Arco de Domremy tiene por precursora á Genoveva de Nanterre cuando ruega á Dios que salve á París. La entrevista de la doncella con Carlos VII en Chinón va precedida de la conversión de Clodoveo por las plegarias de Clotilde.

La liberación de Beauvais por Juana Hachette es trasunto de la de Orleans por Juana de Arco. Carlos VII en Reims no puede menos de pensar en San Luis, educado por Blanca de Castilla. Estos cuadros de paralelismo histórico produjeron en los espectadores un efecto grandioso, porque, como ha dicho el crítico de *La Croix*, además de una idea deliciosamente ingeniosa, constituyen el resumen de toda la historia de Francia, ó, si se quiere, la historia de Cristo en relación amistosa con los francos.

Monseñor Petit ha procurado para su arreglo una presentación escénica á la altura de las circunstancias. Las decoraciones que representan la aldea de Domremy, la terraza de Chinón, los torreones de Orleans, la catedral de Reims y otras, con la presentación de conjuntos como una fiesta en la corte de Chinón, la entrada de Juana en Orleans, las apariciones y la apoteosis final, forman perspectivas pintorescas ó grandiosas, según los casos.

En la representación tomaron parte cuatrocientos actores de talento, que trabajaron con el entusiasmo propio de los *amateurs*.

Al estreno de la obra, que obtuvo un éxito grandioso, asistieron 2.000 espectadores, al frente de los cuales figuraba una comisión del Ayuntamiento de Orleans, presidida por el Alcalde Sr. Beauchet.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

Marca de Fabrica Registrada.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito,** y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas,** para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

2009 Ministerio de Cultura